



**Sentidos Comunitarios desde la Soberanía Alimentaria
Campesinado de la vereda el Yarumo, Armenia, Antioquia.
Aportes al Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial.**

María Alejandra Sánchez Garcés

Diana Carolina Restrepo Vélez

Mariana Quiroz Gómez

Trabajo de grado presentado para optar al título de Trabajadoras Sociales

Asesores

Rubby Esperanza Gómez Hernández, Doctora (PhD) en Estudios Interculturales

Vladimir Betancur Arias, Magíster (MSc) en Estudios de la Cultura

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Trabajo Social
Medellín, Antioquia, Colombia

2023

Cita	(Sánchez Garcés et al., 2023)
Referencia	Sánchez Garcés et al. (2023). <i>Sentidos Comunitarios desde la Soberanía Alimentaria. Campesinado de la vereda el Yarumo, Armenia, Antioquia. Aportes al Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial</i> . [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Grupo de Investigación en Estudios Interculturales y Decoloniales.

Línea de profundización en Trabajo Social Comunitario



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Extendemos nuestro más sincero agradecimiento a la comunidad campesina de Armenia, Antioquia, especialmente a los habitantes de la vereda el Yarumo, Don Héctor, Doña Ángela, Don Agustín, José, Libardo, Tulio, Abelino, León, Sor Marina, por abrimos las puertas de sus casas y sus corazones permitiéndonos conocer más a fondo sus realidades, sentires, anhelos,

luchas e historias, también por compartir sus saberes y su gran sabiduría, que han sido fundamentales para nuestro proceso de aprendizaje, no solo a nivel académico sino del ser, por su disposición e interés constante para apoyarnos en este diálogo de saberes generado a través del proceso investigativo.

A los asesores Rubby Esperanza Gómez y Vladimir Betancur, que con su acompañamiento y amplios conocimientos han contribuido a nuestra formación crítica, reflexiva, intercultural y decolonial sobre nuestro quehacer profesional.

A nuestras familias que, al conocer nuestros intereses en el campo de investigación, gestionaron recursos, narraron sus historias y nos apoyaron en cada paso de la construcción de este, su paciencia y amor fueron indispensables.

A nuestro equipo de trabajo conformado por Mariana Quiroz, Carolina Restrepo y Alejandra Sánchez, por el apoyo mutuo, las vivencias, aprendizajes y los lazos de amistad construidos alrededor de la investigación.

Tabla de contenido

Resumen.....	8
Abstract.....	9
Introducción	10
1 Planteamiento del problema.....	11
2 Objetivos	19
2.1 Objetivo general.....	19
2.2 Objetivos específicos	19
3 Justificación	20
4 Referentes teórico-conceptuales decoloniales e interculturales.....	22
4.1 Comunidad y sentidos comunitarios.....	24
4.2 El Campesinado y la Colonialidad.....	29
4.3 Soberanía alimentaria.....	31
4.4 Trabajo Social Comunitario y la perspectiva intercultural y decolonial.....	32
5 Metodología.....	35
5.1 Preparación del terreno	37
5.2 Plantando la semilla	37
5.3 Riego constante.....	38
5.4 Germinación de los saberes	39
6 Comunidad Campesina de la Vereda el Yarumo.....	41
7 Capítulo I	46
Sentidos Comunitarios del Campesinado del Yarumo: Miradas de una Comunidad que Resiste	46
7.1 Modo de vida campesino	48

7.1.1 Sus identidades	48
7.1.2 Los vínculos con la tierra.....	50
7.1.3 Organización y relacionamientos vecinales	54
7.2 Migración campo-ciudad	58
8 Capítulo II.....	63
El Campesinado del Yarumo en Ejercicio de su Soberanía Alimentaria.....	63
8.1 Cultivar la tierra en comunidad desde la soberanía alimentaria	64
8.2 Tenencia y uso de la Tierra.....	70
8.3 Cultivar para Comer.....	72
9 Capítulo III.....	79
Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial.....	79
9.1. Trabajo Social Comunitario	79
9.1.1 Aportes al trabajo social comunitario intercultural y decolonial.....	85
9.2 Trabajo Social Comunitario con campesinado	88
9.2.1 Dimensión epistemológica	89
9.2.2 Dimensión teórica.....	91
9.2.3 Dimensión metodológica.....	93
9.2.4 Dimensión ética	95
10 Conclusiones y Recomendaciones	97
Referencias.....	102

Tabla de figuras

Figura 1 Etapas de la germinación.....	36
Figura 2 Campesinos y Campesinas Vereda El Yarumo, actividad Sancocho Comunitario	41
Figura 3 Mapa político de Armenia, Antioquia.....	42
Figura 4 Otros habitantes importantes	43
Figura 5 Don Héctor y Tulio preparando el Sancocho	44
Figura 6 Don Héctor trabajando la tierra.....	46
Figura 7 Don Agustín explicando cómo se come el Chasquín.....	46
Figura 8 Herramientas de elaboración propia del campesinado del Yarumo	52
Figura 9 Semillero de lulo, tomate y guayaba pera	63
Figura 10 Semillero de aguacate.....	¡Error! Marcador no definido.
Figura 11 Eras preparadas para sembrar frijol y legumbres	72
Figura 12 Huerta con legumbres.....	73
Figura 13 Compartir en el sancocho comunitario.....	79

Siglas, acrónimos y abreviaturas

TS	Trabajo Social
TSC	Trabajo Social Comunitario

Resumen

Este trabajo de grado surgió de la necesidad identificada por las investigadoras acerca de recuperar las formas de vida propias del campesinado y sus sistemas alimentarios desde el ejercicio de la soberanía alimentaria, teniendo como referente la perspectiva intercultural y decolonial y sus aportes al Trabajo Social. Parte de una preocupación en común a nivel social por la pérdida progresiva de las costumbres, tradiciones, y conocimientos campesinos que se han transmitido de generación en generación, en el marco del sistema capitalista y la globalización, esto ha llevado al debilitamiento de los sentidos de comunidad que les fortalecía colectivamente. Así mismo, surge del interés por reivindicar el ejercicio de la soberanía alimentaria en el campesinado que lo asume como una alternativa para fortalecer sus vínculos sociales y dignificar sus condiciones de vida desde el trabajo mancomunado con la tierra, con lo cual, las relaciones comunales, la reciprocidad, la solidaridad y otros valores y prácticas que fortalecen la vida en comunidad. Es nuestro interés aportar también al Trabajo Social Comunitario intercultural y decolonial. Fue realizado con la comunidad campesina de la vereda El Yarumo de Armenia, Antioquia desde una metodología decolonial en la cual se empleó el método *Germinando saberes* de creación propia, pero relacionado directamente con esta práctica cultural campesina. Este proceso investigativo generó reflexiones sobre las condiciones en que vive el campesinado, sus sentidos comunitarios y su relación con la práctica de la soberanía alimentaria para que el campesinado construya vínculos que mejoren sus lazos comunitarios y continúe sobreponiéndose a las situaciones adversas de la globalización, y de un sistema competitivo e individualista, que amenaza la alimentación y el cuidado de la naturaleza. En este contexto, el Trabajo Social Comunitario desde la perspectiva intercultural y decolonial, opta por la reivindicación y visibilización de estas prácticas de soberanía alimentaria por sus contribuciones en la reconstrucción y afianzamiento del tejido social.

Palabras clave: Sentidos comunitarios campesinos, Soberanía Alimentaria, Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial.

Abstract

This degree work arose from the need, as identified by researchers, about recovering the peasantry's own way of life and its food systems from the exercise of food sovereignty, having as a reference the intercultural and decolonial perspective and its contributions to Social Work. A common concern at the social level is the progressive loss of customs, traditions, and common knowledge that have been transmitted from generation to generation. This loss was caused by living within the framework created by capitalism and globalization, resulting in the weakening of the senses of community. Likewise, it arises from the interest in claiming the sovereignty food exercise in communities, reciprocity, solidarity and other positive values and practices that strengthen community life. These positive values will also contribute to intercultural and decolonial community social work. It was carried out with the Yarumo's peasant community, in Armenia Antioquia, their community senses and relationship through the practice of food sovereignty and nature care. In this context, community social work from the intercultural and decolonial perspective, proves that the practice of food sovereignty promotes the reconstruction and consolidation of the social fabric.

Keywords: Peasant community senses, food sovereignty, intercultural and decolonial community social work.

Introducción

Este Trabajo de Grado se elaboró a partir de la investigación “*Sentidos comunitarios del campesinado de la vereda el Yarumo, Armenia - Antioquia desde la soberanía alimentaria. Aportes al Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial*.” en el marco de la línea de profundización de Trabajo Social Comunitario TSC desde una perspectiva intercultural y decolonial. Surgió como campo de estudio durante nuestra formación universitaria y por el estrecho vínculo de una de las investigadoras con el campesinado de la vereda, lo cual, nos llevó a conocer y aprender para nuestro ejercicio profesional. A continuación, presentaremos el problema de investigación, sus preguntas, objetivos, justificación, los referentes teórico-conceptuales de base y la metodología con la cual se realizó.

Posteriormente, se expondrán los hallazgos a los que se llegaron luego de emplear la metodología prevista mediante los objetivos planteados y las categorías de análisis, en esa dirección se presentarán tres capítulos que contienen dichos hallazgos en cuanto a los *sentidos comunitarios del campesinado*; la *soberanía alimentaria* y finalmente los aportes para el *Trabajo Social Comunitario* con las comunidades campesinas desde un enfoque intercultural y decolonial. Cerramos con el apartado final se encuentran las conclusiones y recomendaciones dirigidas hacia el campesinado del Yarumo, la academia, el estado y la sociedad

1 Planteamiento del problema

El hambre, la desnutrición y las enfermedades a causa de una alimentación precaria, son un asunto que aqueja sin duda a múltiples poblaciones, especialmente a aquellas ubicadas en una escala social inferior, tal como ocurre con las comunidades campesinas, siendo vulneradas, invisibilizadas y sin garantías que les permitan ejercer sus derechos dignamente.

En Colombia, los asuntos de carácter alimentario y defensa del territorio son una problemática social que ha enfrentado largas luchas, debates, discusiones e investigaciones en busca de su visibilización, como del respaldo y garantía para quienes son víctimas de esta desigualdad social, del hambre y el empobrecimiento. Según la FAO (2022), entre las necesidades humanas insatisfechas hoy están la alimentación y la nutrición. Los problemas de hambre y desnutrición siguen siendo un asunto de la agenda global, a razón de ello, por ejemplo, el objetivo 2 de la agenda 2030 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que, comprende poner fin al hambre, lograr la Seguridad Alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible.

Estas situaciones que también ocurren en América Latina requieren ser transformadas completamente, especialmente en las comunidades campesinas, quienes, debido a una serie de problemáticas estructurales como el crecimiento económico acelerado y la modernización, han sido desplazadas a una condición de inferioridad al no cumplir con los estándares de los mercados internacionales y de los países llamados desarrollados,

El aumento en las situaciones de hambre y la emergencia de problemas vinculados al acceso a la alimentación en América Latina como en otras partes del mundo, puede leerse como expresión de cambios en el sistema agroalimentario a nivel mundial y como consecuencia de la implementación de modelos de producción, distribución y consumo que redundan en procesos de exclusión y desigualdad social (García & Wahren, 2016. p. 338)

El discurso del desarrollo rural y el imperialismo son los principales causantes de la precariedad y los problemas sociales que afronta el campesinado diariamente, pues lo que se

denomina desarrollo rural es solo una forma de continuar perpetuando relaciones de poder desiguales, entre la ciudad y el campo y entre países desarrollados y del mal llamado tercer mundo.

Lo que logra el discurso del desarrollo rural integrado es la integración de los enunciados que reproducen, como si fuera cierto, el mundo que conocemos: un mundo de producción y de mercados, del bien y el mal, de los desarrollados y los subdesarrollados, de la ayuda para el desarrollo, de inversión por parte de las compañías multinacionales, de ciencia y tecnología, de progreso y felicidad, de individualismo y economía. (Escobar, 2007. p 276)

La globalización y el ideal de progreso han instaurado el discurso de la modernización y del crecimiento económico, el aumento productivo, *nuevas oportunidades*, innovación, desarrollo tecnológico, el refinamiento de las costumbres, el consumo superfluo, etc., pero en nuestra modernidad ¿realmente se podría hablar de oportunidades para todos los sectores sociales? Desde nuestra perspectiva, gran parte del campesinado hace parte de las poblaciones marginadas como resultado del sistema económico, social y cultural, e históricamente ha sido oprimido mediante la jerarquización social que desde la colonización y luego en la república le han ubicado única y exclusivamente en un papel de pequeño productor, atrasado y necesitado de ayuda para modernizarse o salir de la pobreza. En Colombia puntualmente, al ser poseedores de terrenos pequeños y medianos, se han visto sometidos a formas de producción, comercialización y a una presencia estatal e institucional que no es acorde con sus modos de vida propios al no reconocer su condición diversa a nivel social, alimentario, educativo, de salud, costumbres y demás, que puja por sobrevivir a un sistema desigual, en donde priman la producción económica que impone unos referentes de vida contrarios a la que ostentan. Por otro lado, según (Mondragón, 2002)

El campesinado se ha visto afectado debido a la violencia y la prolongada guerra interna que se vive en el país, que de la mano con el narcotráfico, se han constituido en verdugos de miles de campesinos y campesinas que han sido obligados a abandonar sus lugares de origen y el trabajo de la tierra para incluirse en el conflicto o para abandonar la ruralidad, por temor, para irse a las ciudades (p.29).

El sistema capitalista como modelo económico dominante ha llevado a la industrialización acelerada de la agricultura, el uso de químicos, extractivismo indiscriminado, expansionismo mediante el acaparamiento de tierras, imposición de monocultivos y ganadería extensiva, por lo tanto, es responsable de las grandes problemáticas que enfrenta el campesinado y que obstaculizan los ideales comunes y la soberanía alimentaria, al respecto Cuevas (2019) dice que es una tendencia que el campesino sufra un proceso de diferenciación

Esta diferenciación del campesinado tiene que ver con la jerarquización impuesta por el modelo económico imperante, en donde los campesinos con extensiones de tierra de dos hectáreas o menos, automáticamente son pequeños productores que no poseen la tecnificación o requerimientos del mercado global, y que según Escobar (2007) “El pequeño productor no está preparado para asumir tal nivel de competitividad, en cuyo caso será desplazado del mercado y tal vez hasta de la producción. En otras palabras, producir o perecer.” (p.267).

El afán por la producción ha ido deslegitimando las formas de vida propias del campo, y éste se ha convertido meramente en terreno para explotar, en vez de un lugar para habitar en comunidad. En ese sentido, los sistemas alimentarios propios del campesinado se ven afectados, debido a la pérdida de la autonomía e incremento de la dependencia de alimentos importados, la situación también se debe a las políticas alimentarias que favorecen el mercado global, como el tratado de libre comercio en Colombia, el cual establece un comercio desigual y el acaparamiento.

La Agricultura Campesina, Familiar y Comunitaria - ACFC, que generaba casi la totalidad de los alimentos hasta el inicio de la apertura económica, ha sido menospreciada y arrinconada con exigencias sanitarias, la compra de semillas modificadas y exigencias de calidad que le hacen cada vez más difícil acceder a los mercados. Las consecuencias de este modelo ha sido el mayor desplazamiento del campesinado a las grandes urbes, aumento del hambre en las poblaciones más empobrecidas, aumento de las áreas de cultivos de uso ilícito, pérdida de biodiversidad, mayor deforestación, contaminación ambiental, toxicidad por el uso de plaguicidas, pérdida de polinizadores y acaparamiento de tierras, entre otros. (Red Nacional de Agricultura Familiar, 2020,p.1)

Por tanto, el debilitamiento de la agricultura campesina y familiar conlleva a déficits alimentarios en toda la población. En el caso de Colombia según Benjumea (2020) se presenta “un porcentaje de 54,2% de inseguridad alimentaria, esto quiere decir que cada uno de dos hogares tiene insuficiencias en relación con la Seguridad Alimentaria y Nutricional (SAN)” (p.1).

No solo la inseguridad alimentaria causa afectaciones en las comunidades, sino también el incremento del consumo de productos elaborados con químicos, perjudiciales para la salud, ya que como afirma Ordóñez Gómez, (2010). “los alimentos deben estar libres de sustancias perjudiciales, debe ser aceptado culturalmente, ser accesible física, geográfica y económicamente, en todo momento, de manera sostenible” (p.206).

Nos encontramos así frente a un modelo económico que aparte de incrementar el hambre, empobrecimiento y las enfermedades debido a la ingesta de alimentos con químicos, pretende arrasar con lo diferente y diverso, en este caso, con las comunidades campesinas, pues como afirma Jongerden & Ruivenkamp (2010, p.38) en este modelo de desarrollo los campesinos son considerados un obstáculo, y son quienes deben ser transformados en productores empresariales, quienes deben tener su producción y reproducción en consonancia con la lógica de estas cadenas globales, o deben abandonar la producción agrícola.

Con este panorama, Antioquia, departamento de Colombia, no es la excepción frente a los efectos nefastos del sistema, que afectan a las poblaciones campesinas debido las inequidades en la tenencia de la tierra, donde los llamados terratenientes se han apropiado de grandes extensiones de tierra para la ganadería extensiva y monocultivos, utilizando agroquímicos que atentan contra la naturaleza y la agricultura familiar campesina. La agricultura campesina es uno de los pilares fundamentales de la alimentación nacional, departamental y local, de allí la importancia de que los campesinos tengan la posibilidad permanente de cultivar y trabajar la tierra para la obtención de alimentos para el autoconsumo y comercialización, “en el departamento de Antioquia se producen tres millones de toneladas de alimentos de la canasta básica cada año, de los cuales el 56% son producidos por la ACFC (Agricultura Campesina Familiar y Comunitaria).” (Gómez et al., 2015, p.94)

También se requiere proteger y cuidar su salud, garantizar que la alimentación sea la adecuada como derecho fundamental, por eso la pertinencia de la soberanía alimentaria que entendemos “como un derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias

políticas agropecuarias y alimentarias de manera acorde con sus contextos ecológicos, sociales y culturales.” (Asociación Campesina de Antioquia, 2006, p.3). Con lo cual es posible también la reivindicación de los derechos del campesinado y la valoración (no económica) de sus saberes y conocimientos, frente a lo cual los sentidos comunitarios fortalecidos con la soberanía alimentaria pueden contribuir al mejoramiento de una conciencia social más amplia en toda la sociedad.

El municipio de Armenia hace parte de la región del occidente antioqueño, concentra un importante núcleo de población campesina y posee un elevado nivel de pobreza. Según Lotero et al., (1990), el 66% del campesinado de la zona poseía, en ese momento, predios de extensión inferior a 5 hectáreas, con un promedio de 1.5 hectáreas. Sin embargo, a pesar de las problemáticas expuestas, las comunidades campesinas en buena medida continúan cultivando alimentos y plantas medicinales para el autoconsumo, como lo vienen realizando en la vereda El Yarumo, de Armenia Antioquia, en oposición a las lógicas capitalistas mencionadas, como una forma de resistir y permanecer en sus territorios.

Las familias campesinas antioqueñas en sus fincas son un ejemplo perfecto; planean, establecen y mantienen los sistemas productivos agropecuarios con la predominancia de uno o varios cultivos que los articula al mercado, tales como el café, el cacao, la caña, el plátano, la yuca, el arroz, el frijol, el maíz y la horticultura. Asociada a dichos sistemas se encuentra una amplia agrobiodiversidad de productos alimenticios, medicinales, condimentarios, para la alimentación animal y de ornato, entre otros, que cumplen una función fundamental en el autoconsumo familiar, en la generación de ingresos, en el ahorro de recursos económicos. (Gómez et al., 2015, p.94)

Ahora bien, en términos de políticas públicas para la ruralidad y el campesinado, si bien éstas siempre han existido en las agendas globales y a nivel local, su enfoque no ha estado contextualizado y en consonancia con lo que las comunidades requieren para vivir dignamente y de acuerdo con sus costumbres, pues de alguna manera estas políticas buscan *descampesinar* al campesino, y modernizarlo con infraestructura, tecnificación perjudicial para la tierra, y otra serie de reformas que van llevando a fragmentar la identidad y los sentidos de comunidad existentes.

En conjunto, las medidas de apoyo a la agricultura campesina no han mostrado coherencia entre ellas y con el mandato constitucional. Estas medidas están lejos de acoger de manera plena los principios de la soberanía alimentaria, que se centra en el modo campesino de pensar y hacer agricultura. Más bien, muy a menudo, las políticas oficiales han conceptualizado el sujeto campesino como inviable, ineficiente e improductivo, que hay que "emancipar". (Giunta, 2018. p,120).

Es así como estas políticas han favorecido el crecimiento económico en lugar de ajustarse a la realidad del campesinado, con mecanismos de participación como sujetos políticos y garantías en el cumplimiento de la deuda histórica por acceso a la tierra, comercio justo, respeto por la diversidad, diálogo intercultural, cuidado de la naturaleza y otras propuestas que serían viables para el campo sin necesidad de que los campesinos deban irse a las ciudades.

La apropiación de este instrumento de política pública es fundamental para desarrollar acciones encaminadas al reconocimiento, por parte del departamento, del sector privado y de la población en general, del aporte de campesinas y campesinos a: i) la economía del departamento, ii) la preservación de la diversidad y la identidad cultural campesina,) el autoabastecimiento alimentario y la garantía del derecho humano a la alimentación, y iv) al logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible - ODS, en particular en los objetivos sobre fin de la pobreza y hambre cero. (Gómez et al., 2015, p. 96)

Es por lo anterior que las comunidades campesinas se han venido organizando desde movimientos sociales para la exigibilidad de sus derechos, y como protesta en contra de las multinacionales que imponen el uso de insumos agrotóxicos, los tratados de comercio injusto, y la imposición de proyectos de extractivistas, en búsqueda de su autonomía productiva y la soberanía sobre sus bienes.

La Vía Campesina, en alianza con otros grupos rurales, ONGs de derechos humanos y de justicia social, ha conseguido que el Consejo de Derechos Humanos de la ONU inicie las

negociaciones sobre un nuevo instrumento internacional de derechos humanos para proteger los derechos de las personas campesinas y otras que trabajan en las áreas rurales. Este instrumento, si se adopta, reconocerá los nuevos derechos humanos para las personas campesinas y otras personas trabajadoras rurales incluyendo, el derecho a la tierra, a las semillas, a la biodiversidad, a unos ingresos dignos, a medios de subsistencia y medios de producción suficientes, así como el derecho a la Soberanía. (Anderson, F. 2018, p.9)

Estas propuestas *desde abajo* fomentadas desde las comunidades campesinas y pesqueras han exigido su reconocimiento como sujetos poseedores de conocimiento y capaces de generar sus propios sistemas de alimentación. Sus luchas van más allá del problema del hambre o tenencia de la tierra, también son una apuesta por la humanización del campo, y el respeto por las diversidades y formas de vida *otras* que allí perviven.

Las comunidades organizadas rechazan entonces los sistemas tecnificados que atentan contra los sistemas tradicionales, el detrimento de sus sistemas alimentarios, la intervención innecesaria de actores con ánimo de lucro en la cadena de producción hasta el consumidor, son un intento por localizar su sistema alimentario, priorizando a los productores y consumidores locales, rechazando la privatización de los recursos naturales y buscando siempre la recuperación y el cuidado de los ecosistemas.

Es así como el campesinado de la vereda El Yarumo, Armenia-Antioquia, se encuentra inmerso en esta realidad histórica, económica, política, social, cultural y ambiental, pero aun así, sus ideales están en concordancia con las luchas que se vienen dando, pues en esta vereda mediante la implementación de prácticas de soberanía alimentaria y la agricultura familiar, la comunidad ha estado cohesionada y vive de acuerdo a sus valores y sentidos comunitarios que se han venido forjando allí desde siempre, mediante las interrelaciones de campesinos y campesinas que han habitado este territorio durante todas sus vidas. Aunque cuentan con extensiones de tierra no mayores a dos hectáreas, todo lo que allí se trabaja, se cultiva, se hace y es compartido dentro de la misma comunidad, pues son alimentos sin químicos y con los recursos propios, transgrediendo las imposiciones del modelo económico actual y la modernización del campo.

La agricultura campesina ha hecho parte de las sociedades anteriores al capitalismo, y sus lógicas son diversas, lógicas que actualmente intentan sobrevivir –a pesar del mercado– y que no se orientan por la maximización de la ganancia en el proceso de producción de alimentos, ya que la tierra, el territorio y la economía campesina tienen como finalidad la existencia, el desarrollo de las dimensiones de la vida. (Ordóñez, 2010. p.10)

Por lo tanto, cultivar los alimentos propios, utilizar diversos métodos de siembra y de agricultura ancestral, forjar vínculos comunitarios y mantenerlos, se convierte en una forma de resistir y de permanecer soberanos como comunidad, a pesar de las adversidades y tensiones socioculturales de la época, por lo que se hace especialmente importante conocer el forjamiento de estos sentidos comunitarios que permiten a las comunidades campesinas, en este caso de la vereda el Yarumo de Armenia, Antioquia, mantenerse unidos.

Indagar por los sentidos comunitarios que rodean las prácticas de soberanía alimentaria en la vereda el Yarumo del municipio de Armenia, Antioquia hacen parte de una opción de vida campesina y en muchos territorios han optado por vivir de acuerdo a sus propias convicciones y tradiciones, sin renunciar a vivir en comunidad en el campo, al proponer un cambio de enfoque en sus relaciones con la tierra en contradicción con las dinámicas de la modernidad impuesta, prefiriendo lo artesanal por encima de la apertura de mercados, de la industrialización de la agricultura, el uso de insumos químicos y la competencia desventajosa que ejercen los sectores industrializados que intervienen en la producción y distribución de alimentos sobre las zonas rurales no industrializadas y en donde priman los valores tradicionales, la solidaridad y reciprocidad por encima del individualismo y competitividad como ideales predominantes del sistema actual.

Fue así como surgieron las preguntas:

¿Cómo se fortalecen los sentidos comunitarios con el ejercicio de la soberanía alimentaria en la vereda El Yarumo, Armenia- Antioquia?

¿Cómo aportan estos sentidos comunitarios del campesinado al trabajo social comunitario intercultural y decolonial?

2 Objetivos

2.1 Objetivo general

Reconocer los sentidos comunitarios desde el ejercicio de la soberanía alimentaria de los/as campesinos/as de la vereda el Yarumo del municipio de Armenia, Antioquia y sus aportes al TSC intercultural y decolonial.

2.2 Objetivos específicos

- Describir los sentidos comunitarios del campesinado de la vereda El Yarumo, Armenia Antioquia.
- Detallar las prácticas de soberanía alimentaria que ejerce el campesinado de la vereda El Yarumo, Armenia Antioquia.
- Reflexionar frente a los aportes que las prácticas de soberanía alimentaria hacen a los sentidos comunitarios del campesinado de la vereda El Yarumo, Armenia Antioquia.
- Generar aportes al TSC con campesinos/as desde una perspectiva intercultural y decolonial.

3 Justificación

Consideramos pertinente, desde el Trabajo Social, generar asuntos reflexivos desde una postura crítica alrededor de la importancia de los sentidos de comunidad con las comunidades campesinas del país, desde los aportes de las perspectivas interculturales y decoloniales, en aras de hacer visible la práctica de la soberanía alimentaria como alternativa para enfrentar las condiciones inadecuadas del proceso alimentario y su impacto en las posibilidades de vivir en la ruralidad desde modos de vida acordes al cuidado de tierra y la vida.

Lo comunitario es el punto de partida para el análisis y reflexión en torno a las formas de vida en el campo, lo que hace necesario que desde el Trabajo Social se logre profundizar en las concepciones de comunidad que se han venido planteando desde la profesión. Se busca entonces a partir de una perspectiva intercultural y decolonial aportar al ejercicio profesional y a la academia, ya que este tipo de apuestas son poco abordadas por la comunidad académica. Este ejercicio ayudará a trascender la colonización del saber y el poder para pasar de la instrumentalización del sujeto a la generación de conocimientos en conjunto con la comunidad campesina a partir de sus propios saberes.

Encontramos relevante generar aportes en el fortalecimiento de los vínculos que ya vienen trazando las comunidades campesinas, pues solo mediante la acción colectiva y co-construcción del tejido social y político se puede llegar a movilizar cambios significativos en la sociedad.

En ese sentido, queremos generar aportes a la comunidad campesina de la vereda El Yarumo a partir de un intercambio de saberes que propicie en ellos un auto reconocimiento y mayor valoración de sus identidades, sus conocimientos y relaciones comunitarias, en aras de fortalecer esos sentidos de comunidad que les permiten vivir en sus territorios, cultivar la tierra, mantener sus prácticas ancestrales y vivir en armonía con sus ideales propios, y no aquellos impuestos por el sistema social.

A nivel institucional se pretende aportar elementos para un análisis reflexivo y crítico sobre la forma en que los gobiernos y profesionales conciben a las comunidades diversas, en este caso el campesinado, para la ejecución de políticas de desarrollo por ejemplo, proponiendo un giro en la mirada hacia lo comunitario, en donde el poder no esté concentrado en las administraciones municipales ni que los procesos organizativos dependan de la voluntad política,

sino que se pueda replantearse la concepción de la comunidad campesina de manera que éstas sean quienes movilicen cambios en sus territorios y mantengan sus sistemas de alimentación y organización comunal

4 Referentes teórico-conceptuales decoloniales e interculturales

Se retomaron los aportes de la perspectiva crítica intercultural y decolonial como soporte teórico, epistemológico, metodológico y ético de este trabajo de grado ya que, como lo refiere Mignolo (2008), la opción decolonial se abre a la variedad y diversidad de posibilidades, epistémicas y políticas, apabulladas por la supremacía triunfalista de occidente como el único partido (en el sentido de partido de fútbol, y no de partido político) en el pueblo. Esta se abre entonces hacia la creatividad y se relaciona con la opción por «el buen vivir» más que por el «vivir mejor (que otros)» (p.280).

La colonialidad significó para las culturas diversas de América Latina y el mundo la imposición del ideal europeo racional, exhortando a estos pueblos de forma violenta a la práctica de sus modos religiosos, lingüísticos, sociales y culturales, dándose ese proceso tanto desde el ser como desde el conocimiento. Con relación a esto Mignolo (2008, p.249) enuncia que la colonialidad es constitutiva de la modernidad, así que su retórica salvacionista presupone la lógica opresiva y condenatoria de la colonialidad la cual a su vez produce una respuesta, que se traduce en los proyectos decoloniales.

A su vez, las dinámicas que se relacionan con los sentidos comunitarios y su fortalecimiento mediante el ejercicio de la soberanía alimentaria están impregnadas en gran medida de un ánimo decolonial, al entender que los problemas de base que han perpetuado la pobreza y desigualdad en el campo son el resultado de un proceso de construcción de saberes que se remonta a la colonización misma.

La descolonización es un proceso consistente en desligarse y rechazar las costumbres, rasgos culturales y sociales que sean el resultado de un proceso de colonización previo, es decir, que hayan resultado de la imposición de conocimientos, creencias y características socioculturales de un grupo social foráneo, que para el caso de Colombia corresponde con el eurocentrismo impuesto, en su momento histórico, por los colonos españoles, y que se considera que se encuentran en detrimento de las formas de vida y cultura propias (Parra, 2022,p,16).

Ahora bien, desde la interculturalidad han emergido también los movimientos sociales y las luchas *desde abajo* para exigir al modelo globalizante y neoliberal el reconocimiento y

reivindicación de derechos de las comunidades diversas o mal llamadas, minorías. Como afirma De Sousa Santos, 2010):

La lucha contrahegemónica que abarca la interculturalidad trasciende la exigencia del reconocimiento de derechos, la transculturalidad, que más allá de reconocer que existen diferentes culturas, lo que busca es generar procesos de diálogo y participación política. En el caso de un diálogo transcultural, el intercambio no es solo entre diferentes saberes sino también entre diferentes culturas, es decir, entre universos de significado diferentes y en un sentido fuerte, inconmensurables. (p,72)

Por su parte la interculturalidad alberga una serie de prácticas y de saberes de las comunidades desde lo local, y promueve salvaguardar el legado cultural, patrimonial y las lenguas de los pueblos originarios. Walsh (2008) comprende la interculturalidad como el deber ser, como una opción en construcción dado que:

Va mucho más allá del respeto, la tolerancia y el reconocimiento de la diversidad; señala y alienta, más bien, un proceso y proyecto social político dirigido a la construcción de sociedades, relaciones y condiciones de vida nuevas y distintas. Aquí me refiero no sólo a las condiciones económicas sino también a ellas que tienen que ver con la cosmología de la vida en general, incluyendo los conocimientos y saberes, la memoria ancestral, y la relación con la madre naturaleza y la espiritualidad, entre otras. (p.140).

Consideramos que se hace necesario desde la profesión establecer una postura crítica que cuestione la modernidad y colonialidad capitalista, en la cual se comprenda al campesinado, comunidades afrodescendientes, indígenas y otras diversidades como sujetos activos en las luchas sociales que han permanecido históricamente para garantizar su permanencia en los territorios, partiendo de apuestas distintas al modelo universalizante, como la soberanía alimentaria, y la vida en comunidad, desde relaciones de cooperación, solidaridad y diálogo entre diferentes culturas. El Trabajo Social Comunitario se encuentra entonces en relación estrecha con las prácticas que la decolonialidad involucra. Gómez Hernández (2015) afirma que:

La opción decolonial comparte con Trabajo Social su interés por problemas claves como el capitalismo global y el neo extractivismo en la región latinoamericana caribeña, la guerra como imposición de poder político mundial, el acelerado incremento de múltiples formas de pobreza y empobrecimiento, el resurgimiento de nuevas formas de esclavitud y servidumbre, la reprivatización del Estado, las dificultades de los gobiernos emergentes y el deterioro ambiental (p.3).

De esta manera, la perspectiva intercultural y decolonial nos permitió tomar una postura ética diferente y propositiva, ya que según lo planteado, se pretende romper desde el ámbito académico con las concepciones hegemónicas de concebir el conocimiento como un proceso que aísla a los sujetos convirtiéndolos en objetos de estudio, que les signa como inferiorizados, a su vez, esto también representa un reto en cuanto a la generación de conocimiento desde el Trabajo Social Comunitario, puesto que el ideal es no retomar al pie de la letra las teorías universales fundamentadas desde la posición de poder colonial en contextos muy diferentes a los propios y más bien hacer otros análisis, retomar por otra parte autores y pensadores propios de Latinoamérica, incluidos las y los campesinos.

4.1 Comunidad y sentidos comunitarios

Hablar de comunidad implica una ardua y exhaustiva investigación que permita resaltar las múltiples concepciones disciplinarias existentes que den cuenta a un proceso investigativo que conlleva la participación de esta, es por eso por lo que dentro de esta búsqueda es posible decir que es un concepto ambiguo, y su capacidad de resumirse es mínima. Reconocer la categoría de comunidad, es importante y resaltar que su tendencia se origina como menciona Liceaga (2013), en el contexto intelectual europeo a principios del siglo XIX y se consolida a fines del mismo siglo con la célebre obra *Comunidad y sociedad* (1887) del sociólogo alemán Ferdinand Tönnies. Puede afirmarse que esta oposición se debe en general a la necesidad de dar respuestas teóricas y prácticas a las grandes transformaciones que trajeron consigo la expansión del capitalismo y la formación de los Estados nacionales.

Al hablar de comunidad, también se ha presentado la dicotomía entre *comunidad* - *sociedad*, en donde se asume que se dio un *traspaso* de comunidad a sociedad, generando amplios debates en las ciencias sociales, el campo jurídico, y otras ciencias. Tönnies habría sido el primero en abordar el problema de la comunidad y la sociedad desde una perspectiva con aspiraciones científicas y, por lo tanto, el primero en abrir el campo de esta problemática en una dirección hasta entonces inexplorada y quizás hoy no lo suficientemente pensada. (Álvaro, D. 2010, p.22). Una conclusión importante sobre este debate, según Tönnies es que disuelta la comunidad y las formas de vida en común que le son propias, la sociedad viene a ocupar su lugar. Sucede, en efecto, que la sociedad releva a la comunidad, pero alejándose de ella, desviándose de la “base comunal”, de “las formas originarias y naturales”, “históricas”, de la vida y querer en común”, con las cuales, no obstante, mantiene una “honda conexión” (Tönnies, 1947:299). Por otro lado, es importante comprender que, a pesar de las diferencias que se establecen entre *comunidad* y *sociedad*, éstas coinciden en un punto: ambas nociones expresan relaciones recíprocas que tienden a la unidad, o más precisamente a la unión. Sin relación, y en consecuencia sin unión, no se concibe ninguna clase de vida en común. (Álvaro, D. 2010, p.13)

Ahora bien, en la actualidad, autores como Eito y Gómez (2013) nos hacen claridad en el concepto, hablando sobre cómo actualmente la comunidad es algo más que la población o el territorio que la contiene y cobija. Hoy las claves están en lo relacional y en las interacciones que se producen, además, entre una pluralidad de agentes y actores sociales que interactúan en una comunidad.

Con ello, se aboga por una percepción más singular que permea en la realidad el concepto de comunidad, relacionándola con la actuación de los sujetos en un contexto específico y las relaciones que entre ellos se generan.

Cada una de estas comunidades posee sus propias tradiciones y costumbres que se han construido por varias décadas y que pasan de generación a generación, por lo que se configuran identidades colectivas que se diferencian entre sí. Estos procesos identitarios en que el territorio es esencial han llevado a la consolidación étnica. (Llano, 2020)

A partir de esto, se deduce un inicio sociológico, consecuente de la modernidad global y una necesidad latente por hacer estudios teóricos enfocados en las transformaciones de la época. Bajo esta línea “la comunidad aparece atada a un concepto central de la perspectiva decolonial: la geopolítica, la memoria, la identidad, la reciprocidad y el diálogo.” (Fraga, 2015)

Teniendo una breve idea del surgimiento teórico del concepto de comunidad, Fraga (2015) sintetiza cinco dimensiones en las que puede pensarse la comunidad según Mignolo, ontológica, histórica, identitaria, utópica y epistemológica, de éstas destacamos la relevancia de las siguientes dimensiones:

- La dimensión epistemológica de la comunidad, que implica una redefinición de la hermenéutica "monotópica" por una "pluritópica". Esto significa que no puede haber ya un sujeto unitario como único poseedor de la "voz que sabe", sino que es necesario generar un diálogo de voces plurales, por el cual el sujeto cognoscente no sólo habla, sino que a veces debe escuchar.
- La dimensión sociológico-relacional, donde la forma de comprender lo comunal es como una relación social, es decir, como aquel objeto de estudio privilegiado de la sociología, el fundamento mismo de la cohesión entre los hombres.
- La dimensión político-utópica de la comunidad indicando que la podríamos asumir como horizontes que orientan la práctica política, ya sea de los académicos o de los actores del mundo social en general. (p.26-28)

Desde el Trabajo Social Comunitario en perspectiva intercultural y decolonial, es importante tener en cuenta estas recientes concepciones de comunidad, y desde allí proponer una mirada de este concepto, profundizando en lo que tiene que ver con los sentidos comunitarios, y cómo el poder comunal hace que se potencien en la sociedad acciones colectivas de transformación.

Por tanto, los sentidos comunitarios como afirma Maya (2004) son una experiencia subjetiva de pertenencia a una colectividad mayor, formando parte de una red de relaciones de apoyo mutuo en la que se puede confiar. Los elementos que le dan forma a esta valoración

personal son la percepción de similitud con otros, el reconocimiento de la interdependencia con los demás, la voluntad de mantener esa interdependencia dando o haciendo por otros lo que uno espera de ellos.

En palabras de Murcia (2010) lo que da sentido a los lugares físicos es lo que ocurre con las relaciones, con el entramado social, y es por esta razón que resignificar las relaciones es un imperativo ético que obliga a que demos respuesta a la necesidad de territorios de paz, territorios de convivencia, en donde se expresen las solidaridades, afectos y el cuidado mutuo entre los seres que los habitan. Es por esto que, desde el trabajo social comunitario, es necesario abordar lo relacional en los territorios, de manera que las comunidades fortalezcan su entramado social, como un instrumento que les permite acercarse a los buenos vivires, en territorios libres, autónomos, solidarios y humanizantes.

Los sentidos comunitarios de acuerdo con las investigaciones de McMillan y Chavis (1986) quienes han profundizado en este concepto, hacen referencia a “una historia común, compartir experiencias comunes, desarrollo de relaciones emocionales entre las personas y una pertenencia al grupo que conlleve el reconocimiento de una identidad y destino comunes para los miembros del grupo” (Meza, G. 2009, p.28)

Es por esto que hablar de comunidad, tiene que ver con lo intangible y con una conexión intersubjetiva entre los sujetos que la conforman, y más allá de compartir un espacio físico, son importantes las vivencias, experiencias y el sentimiento de pertenencia

El sentido de comunidad viene dado por las vivencias que se han compartido como comunidad y, justamente, es aquello intangible que las personas sienten en relación a las otras personas que conforman dicha comunidad. Una comunidad lo es en tanto que este sentimiento mantiene los lazos entre las personas que lo conforman (Vignale, P. 2008, p.178)

Para ser una comunidad no basta solo con habitar un mismo territorio, sino que exista el sentido de comunidad, que según McMillan y Chavis (1986) tiene cuatro componentes: *La Membresía*, consiste en el sentimiento de haber invertido parte de sí mismo en la Comunidad y

de pertenecer a ella. *La influencia*, implica la cohesión y la unidad del grupo. Esta cohesión depende de si el grupo tiene o no influencia sobre sus miembros. *Integración y Satisfacción de Necesidades*, son beneficios en términos de status, respeto, valores compartidos, popularidad y ayuda material y psicológica en momentos de necesidad. *Conexión Emocional Compartida* se refiere al reconocimiento por parte de los miembros, de la existencia de un lazo compartido. (Meza, G. 2009, p.28-29).

Una de las principales dificultades que se presentan en las relaciones comunitarias es el individualismo y la búsqueda de la satisfacción de intereses propios, especialmente de tipo económico, por encima de los intereses comunes, debido a los valores de la sociedad moderna capitalista en donde cada individuo debe valerse por sí mismo, de allí que el trabajo con las comunidades desde distintas profesiones sociales se ha ido resumiendo en atender problemáticas individualizadas, fragmentando a la comunidad en subgrupos, como la familia, la escuela, las mujeres, desconociendo el potencial que tiene la comunidad unida.

Muchas veces al intervenir en la comunidad se termina interviniendo las soledades y las individualidades, así a veces se olvida a los otros, se olvida el territorio, se deja de ver la colectividad y solo se abordan los problemas de una persona y a lo más de su grupo cercano, dado por las urgencias de las individualidades para zurcir. (Tolvett, 2017, p.57)

Es por lo anterior, que un abordaje de los sentidos comunitarios desde el Trabajo Social implica reconocer estas dimensiones no físicas de la comunidad, centrando nuestro accionar en las relaciones que mantienen la cohesión y los lazos comunitarios, entendiendo que, si bien existen conflictos internos y no hay una comunidad perfecta, también existe una fuerza que une y que puede llevar al logro de los objetivos comunes.

Hacer frente al individualismo creciente, es uno de los desafíos que enfrentan las comunidades en la actualidad, más aún en tiempos donde las comunidades se han ido desplazando a la virtualidad, como afirma Millán et. al., (2019):

Un elemento fundamental para explicar el auge del protagonismo del componente relacional del sentido de comunidad es el desarrollo de las TIC, que han transformado las

relaciones tradicionales entre el entorno físico y el espacio social, posibilitando la participación en diversas comunidades de forma simultánea facilitando el desarrollo de múltiples sentidos de comunidad. (p.3)

Es importante no perder de vista que la comunidad no es lo mismo que los sentidos de comunidad que se dan dentro de ésta, pues los sentidos comunitarios hacen parte de una perspectiva crítica de las comunidades, no instrumentalizada ni desarrollista, sino más humana y fraterna que en palabras de Carrillo (2018) se define como:

Una categoría del pensar crítico que permite visibilizar aquellos procesos, acciones y experiencias que evidencian o promueven vínculos, significados compartidos y ambientes orientados a la solidaridad, la reciprocidad, el compromiso mutuo y la producción de un sentido de pertenencia, con el poder de cuestionar o constituirse como alternativa a la racionalidad capitalista. (p.118)

4.2 El Campesinado y la Colonialidad

Desde el proceso de colonización en América Latina, la tenencia de la tierra ha sido un tema en disputa, no sólo por la distribución que se le ha dado a ésta, sino por las interacciones que se han dado en los territorios a nivel social, político, económico y cultural.

Desde la llegada de Colón a América se inicia el conflicto de la tenencia de la tierra con el enfrentamiento entre los españoles y los indígenas y la falta de alimentos. Felipe II en 1573 establece las primeras leyes sobre la tenencia de la tierra en América. Desde la Independencia, la Colombia rural ha sido víctima de inseguridad, inequidad y desconocimiento de los gobiernos de turno. (Pareja Mejía, R. I. 2011.p, 139)

El campesinado colombiano no es ajeno a las inequidades que surgieron en la época colonial, debido a las imposiciones de un *orden*, una jerarquización social que lo situó como productor y proveedor, sumado al discurso del progreso como fin último de la sociedad, progreso

para el cual, diferentes poblaciones diversas, como los pescadores y campesinos, han sido explotadas, violentadas y saqueadas históricamente.

El trabajo de los campesinos que poseen pequeñas extensiones de tierra ha sido históricamente menospreciado por el sistema capitalista y desarrollista. Las elites políticas y económicas y el “hombre blanco” denominaron a los campesinos como “agricultores”, “cultivadores”, “labriegos”, “habitantes del campo”, “campesinos pobres”, “obreros del campo”, “pueblo campesino”, expresiones que aluden a un vínculo productivo con la tierra, a una relación con el campo como entorno vital, a la precariedad de sus condiciones de vida y su existencia como una colectividad conformada por quienes ocupan una posición inferior en la estructura política y social de la nación. (Acevedo & Garzón. 2016, p. 176).

Durante la época republicana del país, es decir, posterior a la independencia de los españoles en el año 1810, se distinguió a los campesinos como la parte de la comunidad rural que simplemente no se identificaba con una etnia específica, es decir, no se catalogaban como indios, negros u otros. “Definitivamente hubo un momento o una época en que el mundo rural presenció el advenimiento de una nueva forma de organización social que permitió superar —de cierta manera— el modelo social instaurado por el proyecto colonial español.” (Montaña Mestizo, 2016. p. 66)

Pero lo campesino en las últimas dos décadas ha recobrado, gracias a las luchas populares y a espacios académicos e institucionales, en parte el reconocimiento que merece por parte de la sociedad académica, y aún falta. El reconocimiento de los derechos de los campesinos se encuentra aun gestándose, gracias a la acción incesante de grupos como Vía Campesina, que se organizan para reclamar y exigir condiciones de vida dignas para todas las comunidades.

La conceptualización contemporánea más actual y aceptada caracteriza al sujeto campesino como aquel que ostenta una racionalidad moral que lo compromete en su forma de relacionarse con el medio ambiente y su comunidad. Dentro de este concepto:

Sus organizaciones (De campesinos) se presentan como defensores de la vida en contra de proyectos minero-energéticos o agroindustriales, que son asociados con la muerte y la destrucción. Tales narrativas surgen de la reinscripción de sus experiencias de pérdida y

deterioro en múltiples niveles, pero también son producidas en interacción con los discursos ambientalistas, multiculturalistas, poscoloniales y feministas. (Devine et al., 2020, p. 9)

Es de esta forma que en la actualidad se les considera protectores de la naturaleza y el medio ambiente, esto de la mano del cambio sociocultural global con tendencia a una mayor conciencia por las repercusiones de las sociedades humanas en los ecosistemas y la importancia de conservarlos.

4.3 Soberanía alimentaria

El concepto de seguridad alimentaria desde una perspectiva colonial está vinculado a los esquemas y los patrones alimentarios hegemónicos, propios del sistema capitalista que reproduce las relaciones de poder y supremacía de unas naciones sobre otras. Por otra parte, es posible relacionar la soberanía alimentaria con la noción de decolonialidad ya que este concepto rescata, de cierta manera, las memorias y prácticas de resistencia campesina y reconoce a los sujetos como poseedores de saberes propios de sus contextos y lógicas en torno a la alimentación. Esta se convierte en un asunto relevante para las comunidades campesinas debido a su abordaje integral en los procesos de cuidado de la tierra, cultivo y autoconsumo.

La soberanía alimentaria es entendida por la FAO como una reunión de características de una comunidad en la que se construyen políticas teniendo en mente que la alimentación de todos sus miembros es prioritaria, reconociendo los alimentos como algo más que mercancías, promoviendo el respeto por todos los trabajadores en la cadena de producción y apoyando los modos de vida sostenibles, la producción agrícola tradicional y la perpetuación de este conocimiento en el tiempo, por medio de la investigación y la enseñanza (Gordillo & Méndez Jerónimo, 2013).

Distinta mucho del concepto de seguridad alimentaria ya que el segundo se enfoca en la disponibilidad de alimentos, mientras que la soberanía se ocupa además del origen y el modo de producción de los alimentos, así como del fortalecimiento de los sistemas alimentarios locales y el respeto por los trabajadores (principalmente los campesinos) y sus conocimientos (Gordillo & Méndez Jerónimo, 2013). La Declaración de la ONU sobre los derechos de las personas

campesinas y de otras personas que trabajan en áreas rurales (Vía Campesina, 2020), contempla el derecho a la tenencia de tierra, el acceso a semillas, a la biodiversidad, a ingresos dignos, a medios de subsistencia y de producción suficientes, y muy importante, el derecho a la soberanía alimentaria, para individuos y colectivos. Este derecho está relacionado con la soberanía alimentaria porque puede ser comprendida como un movimiento global que reúne distintos movimientos sociales de reforma. Esto es que no se limita a un grupo social específico, sino que por el contrario tiene que ver con los diferentes niveles socioeconómicos. Estos movimientos trabajan en pro de la agroecología y las semillas, las prácticas ancestrales, la justicia medioambiental y los derechos de las personas de la ruralidad, incluyendo pescadores, campesinos, indígenas y demás (Vía Campesina, 2018).

Ante lo cual, el abordaje de la soberanía alimentaria en las prácticas agrícolas de la comunidad campesina de la vereda el Yarumo, Armenia-Antioquia aporta para reconocer sus aportes a la deconstrucción del pensamiento colonial, el discurso del desarrollo, y cómo propenden por el fortalecimiento de los lazos comunitarios a través del robustecimiento de sus sistemas alimentarios.

4.4 Trabajo Social Comunitario y la perspectiva intercultural y decolonial

El trabajo social según Kisnerman (1998) ha tenido sus raíces en la asistencia y la filantropía. Mary Ellen Richmond debemos la teoría fundacional del trabajo social, y una propuesta científica centrada en la investigación de las realidades sociales (diagnóstico) y la modificación del comportamiento en el individuo (tratamiento). Según él, es a partir de la profesionalización del trabajo social que surgen tres métodos clásicos para el trabajo con *individuo*, luego se encuentra la necesidad de implementar los métodos con *grupo* y *comunidad*, pues las causas de los problemas sociales eran múltiples y complejas, esta consolidación de los métodos se da posterior a la primera guerra mundial 1914-1918. (pp.27-33)

Para este teórico el Trabajo Social Comunitario fue reconocido como método en 1943 desde las nociones del desarrollo y educación de las masas, luego pasó a ser un instrumento político, es por esto que:

Pronto el desarrollo de la comunidad pasó a ser una estrategia política, una respuesta paliativa al subdesarrollo y un freno a los movimientos de liberación nacional, desarrollada primero por los ingleses hacia sus colonias y luego adoptada y más elaborada por los norteamericanos para afirmar su dominio económico en el mundo. (Kisnerman, 1998. p, 41)

Partiendo de las nociones del Estado de Bienestar, al ejercicio profesional del trabajo social comunitario se le ha delegado la función de ser un mediador entre las comunidades y las instituciones, y poco a poco la potenciación de los sentidos comunitarios y su colectividad han ido transformándose en proyectos más individualistas, futuristas y desarrollistas.

El Trabajo Social desde sus diferentes ámbitos (el trabajo social individual y familiar, trabajo social grupal y el trabajo social comunitario) trata de enmendar, en la medida de lo posible, los efectos que el sistema capitalista y la globalización van dejando en nuestra sociedad, como es la falta de atención integral a las personas sin hogar, el vaciamiento del trabajo comunitario apostando por un trabajo social individualizado. (Sarasola et al.,2019, p.82)

Es por esto que, el proceso de reconceptualización de la profesión significó una ruptura con el modelo norteamericano impuesto para el trabajo con comunidades latinoamericanas, adoptando una postura crítica y anti imperialista poniendo en primer lugar los acontecimientos del contexto latinoamericano

La reconceptualización fue un hecho significativo en la construcción del Trabajo Social. Significó una ruptura con el modelo norteamericano impuesto a sociedades que no guardan con aquélla ninguna similitud, permitiéndonos pasar de agentes receptores y repetidores de una tradición dominante a un papel protagónico de rescate de nuestras voces y nuestros saberes. (Kisnerman, 1998.p.55)

Haciendo una contextualización sobre el surgimiento de la relación entre trabajo social y comunidades, los autores Fresno, Segado & López (2014) mencionan que la dimensión comunitaria encuentra sus referentes teóricos en la constitución ontológica constitutiva del ser humano, inmerso en un conjunto de relaciones estructuradas y producto de un proceso de

socialización, resaltando también otras cuestiones que han quedado oscurecidas por la inmersión en el individualismo competitivo propio de los países occidentales. Esto implica la necesidad de rescatar procesos comunitarios desde el TSC con una perspectiva intercultural y decolonial, dónde se puedan generar acciones colectivas en búsqueda de la reivindicación de los derechos de las comunidades latinoamericanas o aquellas que han sido oprimidas desde imposiciones imperialistas, partiendo de que promover la comunalidad e interculturalidad es esencial dentro del TSC, para potenciar asuntos de reconocimiento de la identidad, rescatar procesos de defensa de territorios, y para la visibilización cultural de los saberes propios de las comunidades diversas.

5 Metodología

Esta investigación fue de tipo exploratorio y permitió reunir discursos hablados o escritos, así como la observación y convertirlos en información para el análisis (Cueto Urbina, 2020). La investigación transcurrió en una duración de tres semestres (2021-2, 2022-1 y 2022-2), La metodología se orientó en una perspectiva intercultural y decolonial porque desde el trabajo social es importante construir conocimiento desde los saberes propios y prácticas culturales de las comunidades, así como entablar otros tipos de relacionamiento y alteridad. La opción decolonial plantea la necesidad de revisar el papel que el conocimiento ha tenido en el mantenimiento de la estructura mundial jerarquizada y nos permite reconocer las diversidades que habitan cada espacio, respetando las formas culturales de construir conocimiento.

Consideramos pertinente plantear una discusión respecto a las formas en que se ha venido generando el conocimiento en las ciencias sociales y el Trabajo Social, identificando la necesidad de orientar los procesos investigativos y comunitarios desde la perspectiva intercultural y decolonial, como una forma de reconocimiento a las poblaciones diversas y sus saberes. Las ciencias sociales se han visto permeadas por diferentes corrientes de pensamiento crítico, que sirven para interpretar las temporalidades del poder y del conocimiento en América Latina, que parten de la cadena de acontecimientos de la modernidad y la colonialidad. La opción decolonial plantea la necesidad de revisar el papel que el conocimiento ha tenido en el mantenimiento de la estructura mundial jerarquizada.

Hablar de colonialidad es hablar también de las relaciones culturales de inferioridad que se fueron creando posteriormente a la colonización como producto de la religión, del establecimiento del término raza y de la creencia en la superioridad de lo proveniente de occidente. En la tendencia intercultural se abre la discusión de la diversidad epistémica, se cuestiona la epistemología gobernante y se reconocen las diferentes cosmogonías y epistemologías que son producto de la diversidad, donde el progreso y el desarrollo han caído en crisis como discurso, consecuencia de la destrucción ambiental, que nos llevan a pensar desde la academia en nuevas formas de diálogos horizontales de igual a igual, en el reconocimiento del otro.

Se entiende entonces que la perspectiva decolonial supone una postura frente al conocimiento que ha sido permeado por el colonialismo y el capitalismo, como procesos de imposición de formas de vida y de construcción de conocimientos en América Latina, de lo anterior Gómez Hernández (2016) enuncia lo siguiente:

Europa clasificó racialmente a la población mundial entre civilizados y bárbaros y luego con Estados Unidos en tres mundos según su desarrollo. El impacto es que casi el 70% de la población no parece estar al nivel de las expectativas de la modernidad en materia de desarrollo, cultura e ideal humano, como también los legados coloniales que se han instaurado en la forma de conocer y sus resultados de lo conocido dentro de la perspectiva de asimilarse socialmente a ciertos países de referencia (p.1)

En esta investigación se le da un papel central al diálogo y la articulación con las y los campesinos de la vereda el Yarumo de Armenia-Antioquia, como sujetos poseedores de conocimientos y formas propias de ser, habitar y comprender el mundo, esto con la intención de poner en manifiesto los saberes propios y autónomos de dicha comunidad campesina que les permiten ejercer su soberanía alimentaria y construir a partir de allí sentidos de comunidad.

Por lo anterior optamos por reconocer los escenarios cotidianos en los que la comunidad construye saberes y conocimientos, para propiciar un escenario de encuentro, se propuso el método *germinando saberes* haciendo una analogía de la germinación de la semilla con las fases de la investigación, y relacionando directamente el proceso de investigación con la tierra, desde la cual se constituye la identidad campesina, evocando esta para permitir que las actividades correspondan a lo cotidiano y cercano de quienes participaron de la investigación.

Figura 1

Etapas de la germinación



Nota: Fuente <http://bit.ly/3k5coSx>

Los asuntos o categorías claves que guiaron la investigación fueron los *sentidos comunitarios del campesinado*, la *soberanía alimentaria* y el *trabajo social comunitario*. En síntesis, las fases de la investigación, en consonancia con la germinación de saberes fueron las siguientes:

5.1 Preparación del terreno

La ruta investigativa comenzó mediante la etapa de rastreo bibliográfico, contactos, concertación, estar en terreno, planeación y escritura del proyecto, utilizando también buscadores virtuales como el repositorio de la Universidad de Antioquia, Google académico y Scielo, además de los sitios web de entidades de interés como la FAO y Vía Campesina. Así mismo, se realizó el acercamiento previo a la comunidad por medio de una integrante del grupo de investigación y su familia, quienes habitan el territorio y tienen lazos de cercanía y amistad con las personas de la vereda, facilitando así la convocatoria voz a voz de las familias de Antonio Betancur (Toño), Fabiola Cano, Berta Restrepo, Gloria Restrepo, Zoila Restrepo, José Deossa, Abelino Deossa, Agustín Hernández, León Ramírez Osorio, Héctor Sánchez y Ángela Garcés, Libardo Deossa Quiroz y Tulio Quiroz Pabón, para las actividades planeadas. Luego de estar terminando la escritura del proyecto, se procedió a ejecutar las actividades para la recolección de información.

5.2 Plantando la semilla

Posterior al acercamiento previo a la comunidad se ejecutó el trabajo de campo por medio de entrevistas, conversaciones y actividades comunitarias en la vereda El Yarumo con los campesinos, teniendo en cuenta los asuntos o categorías claves, que serán descritas a continuación.

Sancocho comunitario: hace parte de la cotidianidad campesina, propicia el encuentro, el compartir y fortalecimiento de los vínculos en la comunidad, es por esto por lo que esta actividad se eligió como parte de la metodología, para lograr generar un espacio cercano y ameno de

compartir y aprender con los participantes. En el sancocho estuvieron seis familias de la vereda El Yarumo, su elaboración comprendió varios momentos, iniciando por la preparación del “revuelto”, preparación del fogón, la cocción y el compartir. Alrededor de estos se iban dando conversaciones de las que surgieron relatos en los que se logró evidenciar algunos elementos relacionados con las percepciones, visiones y sentidos que dan los campesinos a lo comunitario en su vereda y a su ejercicio de la soberanía alimentaria.

Habitando el campo: El objetivo de esta actividad se centró en identificar aquellas acciones cotidianas que el campesino vive en su día a día, no solo por medio de una observación, sino desde la práctica, la participación, la inmersión, la ayuda en cada momento que fue surgiendo, reconociendo los procesos que acompañan la historia, las construcciones de redes de apoyo y las prácticas comunitarias, las siembras, las cosechas, la cocina y las recolectas. Habitar el campo, constó de tres días conviviendo con la familia Sánchez Garcés de la vereda El Yarumo, quienes nos dieron estadía en su vivienda, en este tiempo se generaron conversaciones en momentos como el desayuno y el almuerzo, donde indagamos, por temas como la alimentación y los cambios o permanencias en sus costumbres alimentarias. También se realizó un recorrido por la finca de Don Héctor Sánchez, para conocer su trabajo, sus cultivos, creencias y demás, introduciendo conversaciones en lenguaje cotidiano.

5.3 Riego constante

Adicionalmente a las actividades desarrolladas, fue necesario estar en contacto permanente con los campesinos de la vereda, con trabajadores sociales comunitarios, y haciendo entrevistas semi abiertas, esta herramienta consiste en generar una conversación y un diálogo de saberes, de manera flexible, permitiendo que los entrevistados puedan expresarse libremente, ya que no existe un protocolo establecido, aunque se realizan preguntas intencionadas, en este caso, en relación con los objetivos y las categorías de la investigación.

En ese sentido, se incluyeron entrevistas a jóvenes campesinos para identificar elementos alrededor de la migración a la ciudad que tienen que ver con el debilitamiento de los sentidos comunitarios en la vereda, pues este fue un tema emergente recurrente en las conversaciones con los habitantes de la vereda. Así mismo, se incluyeron entrevistas a los campesinos para generar

análisis en torno a las relaciones de poder en la comunidad, cómo se han configurado las distinciones de clase en las relaciones comunitarias y cómo esta jerarquización influye en los sentidos comunitarios y en la soberanía alimentaria de la población. Finalmente, se entrevistaron trabajadores/as sociales con experiencias con la comunidad campesina para identificar el papel actual de la profesión en este ámbito.

5.4 Germinación de los saberes

Durante la investigación en campo se registró la información por medio del uso de diarios de campo, fotografías y grabaciones de audio de las entrevistas, para posteriormente pasar al momento del ordenamiento de estas por medio de la digitalización en una matriz y separación de los insumos en diferentes carpetas virtuales, la elaboración de informes de avance de trabajo de campo y la realización de un balance de la investigación, que dieron cuenta de en qué medida se estaban cumpliendo los objetivos.

Para la interpretación y clasificación de la información se realizó una matriz de sistematización organizada por actividades y asuntos claves o categorías (sentidos comunitarios, soberanía alimentaria y Trabajo social comunitario) y sus respectivos observables. En grupo se interpretó y articuló las posturas desde los autores trabajados y las voces de los participantes de la investigación, para poner a dialogar todas las posturas y lograr proponer una propia, para finalmente realizar la escritura del trabajo de grado con la información obtenida.

La socialización de los resultados se llevó a cabo en la vereda El Yarumo, en la cual se sintetizaron los resultados en un material didáctico tipo plegable que fue entregado a cada uno de los participantes.

A continuación, se presenta de manera breve la forma en que estará distribuido el texto. Se da inicio con la presentación de la comunidad del Yarumo, puesto que son el centro de nuestro trabajo y a quienes debemos admiración y agradecimiento por permitirnos hacer parte de sus vivencias cotidianas. Luego se distribuye el texto en tres capítulos, en el primero llamado *Sentidos Comunitarios del Campesinado del Yarumo: Miradas de una Comunidad que Resiste* donde se describen las prácticas cotidianas de los campesinos de la vereda, asuntos sobre su identidad,

diversidad y modo de vida. El segundo capítulo *El Campesinado del Yarumo en Ejercicio de su Soberanía Alimentaria*, donde se aborda de qué manera la comunidad viene reuniéndose, trabajando la tierra y reforzando sus lazos comunitarios a través de esta práctica. En el último capítulo, *Trabajo Social Comunitario, desde una Perspectiva Intercultural y Decolonial*, se hace un recorrido por su origen, el trabajo con comunidades campesinas hasta llegar a la perspectiva intercultural y decolonial. Finalmente se comparten las conclusiones y recomendaciones, para la comunidad, la profesión, el Estado y la sociedad, a quienes esperamos generar aportes significativos con este trabajo, e invitamos a continuar recorriendo este camino y a creer en nuevas utopías.

6 Comunidad Campesina de la Vereda el Yarumo

Figura 2

Campesinos y campesinas vereda el Yarumo, actividad Sancocho comunitario



Nota: Fotografía tomada por Carolina Restrepo, 2022

A continuación, presentamos al campesinado de la vereda el Yarumo que está conformado por personas de distinta edad, sexo, género, costumbres, ideales y religiosidades. Esta vereda se encuentra situada en el corregimiento la Herradura de Armenia, Antioquia, conocido de forma popular como Armenia Mantequilla, es un municipio de Colombia, localizado en la subregión occidente del departamento antioqueño. Limita por el norte con los municipios de Ebéjico, Anzá y Heliconia, por el este con los municipios de Heliconia y Angelópolis, por el sur con Angelópolis y Titiribí, y por el oeste con Concordia y Betulia. Su cabecera municipal está a 51 kilómetros de la ciudad de Medellín (Rodríguez, C. 2022).

Herradura se caminan aproximadamente 15 minutos para llegar hasta allí. Dicha vereda está habitada por 12 familias campesinas, entre ellas la de Antonio Betancur (Toño), Fabiola Cano, Berta Restrepo, Gloria Restrepo, Zoila Restrepo, José Deossa, Abelino Deossa, Agustín Hernández, León Ramírez Osorio, Héctor Sánchez y Ángela Garcés, Libardo Deossa Quiroz y Tulio Quiroz Pabón. Estas se dedican principalmente al cultivo del café, y de manera alterna a la agricultura y cosecha de alimentos como el frijol, maíz, habichuela, yuca, plátano y legumbres, adicionalmente se ocupan en la cría de gallinas y pollos de engorde, para el autoconsumo y en ocasiones para la venta, y finalmente, se encuentran los animales de compañía, principalmente los perros, quienes infaliblemente se encargan de dar aviso cuando llegan visitantes.

Figura 4

Otros habitantes importantes



Nota: Fotografía tomada por Mariana Quiroz, 2022

El campesinado del Yarumo se caracteriza por su especial relación cuidadora con la tierra y la naturaleza, encontrándose personas que saben de y entienden los procesos alimenticios de su comunidad, desde la semilla hasta el consumo, y que con mucho amor y muy dispuestas, decidieron poner en diálogo aquellos pensamientos, saberes y sentires con nosotras. Entre ellos la amabilidad, los buenos modales y la actitud de servicio son las constantes. Es común verlos

usar el sombrero o gorra, y tienen costumbres como despertar antes que el sol ilumine las ventanas, escuchar las noticias en la radio y desayunar arepa con queso y un chocolate, para iniciar inmediatamente sus labores. Las infusiones de hierbas aromáticas y los ungüentos para dolores y “achaques”, como le suelen llamar, no faltan en su recetario personal. Su capacidad de pensar en los demás permanecen latentes y al visitarles, es seguro que el volver a casa será con las manos llenas de alimentos allí cosechados

Figura 5

Don Héctor y Tulio Preparando el sancocho



Fuente: Fotografía tomada por Mariana Quiroz, 2022.

Si bien comentan que ha disminuido la organización comunitaria, algunos aún se reúnen para trabajar la tierra en convites, en especial tomando en cuenta a aquellos familiares o vecinos que no poseen tierra trabajable en el momento, así mismo, el compartir e intercambiar productos de la tierra, lo cual es un reflejo de que en esta comunidad son importantes sus valores y creencias

que han practicado durante todas sus vidas, como la solidaridad, reciprocidad, el respeto y apoyo mutuo.

Durante los acercamientos, la comunidad manifestó que se han desligado de cualquier tipo de organización gubernamental pues han perdido credibilidad en instituciones como la Junta de acción comunal JAL y la Umata pues en reiteradas ocasiones les han incumplido con acuerdos o promesas, aduciendo que las formas en que se organizan y se forjan relaciones es mediante el trabajo de la tierra y la vida en comunidad.

7 Capítulo I

Sentidos Comunitarios del Campesinado del Yarumo: Miradas de una Comunidad que Resiste

Figura 6

Don Héctor trabajando la tierra



Nota: fotografía tomada por Mariana Quiroz, 2022.

Figura 7

Don Agustín explicando cómo se come el chasquín



Nota: fotografía tomada por Carolina Restrepo, 2022

El modo de vivir de las campesinas y campesinos de esta vereda está basado en sus valores tradicionales y métodos propios para trabajar la tierra, sus luchas por la soberanía alimentaria, el fortalecimiento de su sistema alimentario y el mejoramiento de sus condiciones de vida, son una constante. Por eso al abordar los sentidos comunitarios, el punto de partida está en su modo de vida, esto es sus identidades, la religiosidad, la relación con la tierra y sus formas de relacionamiento vecinal. También el impacto que está teniendo la migración del campo a la ciudad en los sentidos de comunidad. Para ello se enfatiza en la descripción de las prácticas cotidianas que hacen parte del diario vivir del campesinado, las cuales, a pesar de las adversidades y situaciones de tensión en el campo, permanecen y fortalecen los lazos comunitarios, articulando desde allí las voces de los distintos actores involucrados.

7.1 Modo de vida campesino

Las ocupaciones, el relacionamiento social, la academia, la familia, entre muchos otros, influyen en la manera de entender y relacionarse con el mundo en un sujeto. El modo de vida del campesino se refiere a esos rasgos específicos que lo diferencian de otros sujetos y que hacen particular su manera de vivir y de reconocerse dentro de su territorio.

Hacer parte de una dinámica social compleja es inherente a nuestra condición humana, y cada sujeto posee una historia y unas condiciones de vida únicas que, en conjunto, configuran el entramado social de las comunidades. Estas se encuentran en constante tensión debido a un mundo globalizado y homogeneizado que pretende minimizar o eliminar las expresiones de lo diferente o de lo que se considera progresista, que es comprendido como una amenaza (Gómez-Hernández, E. 2019). Es por esa situación que el campesinado ha venido forjando modos de vivir propios, distintos a los impuestos por la sociedad y el estado, que parten de la decisión de seguir habitando y disfrutando sus territorios sin importar la adversidad:

Se trata de seguir luchando por conservar un modo de vida ancestral y campesino, o migrar a las ciudades para que los descendientes se incorporen en la educación formal y el sistema laboral, como protección ante las adversidades de la miseria, el cercamiento del desarrollo y las sutilezas de la vida moderna (Gómez-Hernández, E. 2019.p.3).

7.1.1 *Sus identidades*

La comunidad campesina del Yarumo gracias al reconocimiento de su identidad propia, la preservación y a la reivindicación de su unicidad, tiene sus formas propias de interpretar el mundo, de relacionarse unos y unas, con otros y otras, desde sus vínculos comunitarios y sus conocimientos. Sus raíces católicas, por ejemplo, si bien son resultado del proceso de colonización español permean de manera significativa las relaciones de compartir y han sido un elemento que une y congrega, configurándose en un espacio para debatir ideales comunitarios.

En la vida y en el ser mismo de los campesinos y las campesinas, existe un vínculo fuerte entre lo material y lo inmaterial; la fe en Dios y la vida religiosa son elementos representativos e indispensables para comprender el modo de vida campesino. (Conda et al., 2018. p.84)

La diversidad emerge cuando se dan choques culturales desde la religión como lo menciona Ramírez (2016). Entre los habitantes del Yarumo la religión católica ha sido predominante, sin embargo, ha habido espacio para personas de otras creencias religiosas protestantes como la evangélica o cristiana, y ha sido mediante esta interrelación de credos diversos que se ha ido construyendo un escenario con interculturalidad religiosa.

Esta religiosidad hace parte de las formas de convivir, y más que una doctrina, ha simbolizado unión, en torno a las procesiones religiosas, los bazares y ventas para recoger fondos para causas comunes, entre otras obras sociales promovidas e impulsadas por las iglesias. Entonces al ir a misa o al culto, orar y llevar a cabo una serie de rituales, la religiosidad hace parte de su modo de vida campesino al posibilitar la construcción de relaciones de reciprocidad, fortalecer los vínculos sociales y establecer un sentido espiritual con la tierra.

Igualmente, en el trabajo con la tierra y siembra de alimentos se establece una relación espiritual en el sentido que les permite maravillarse y contemplar la complejidad de la naturaleza, su vitalidad y belleza, pero además porque consideran que son manifestaciones de su dios que les permite vivir y experimentar todo ello (Ocampo, M., 2016)

Ahora bien, no es lo mismo hablar de religiosidad que de espiritualidad. Mientras la primera se ocupa puntualmente de un aspecto institucional, es decir, a la práctica de alguna religión, la última tiene que ver con la trascendencia, la compasión y el vínculo con la naturaleza desde lo personal y desde lo subjetivo (Fuentes, 2018).

Entonces la espiritualidad también tiene que ver con las cosmovisiones que tiene la comunidad y con sus prácticas ancestrales. Entre el campesinado es común *conjurar las nubes*, poner *contras*, mantener *agua bendita* en la casa para proteger de las malas energías o sembrar el dos de mayo porque es un día bendecido para la cosecha. Dichas prácticas, constituyen parte de la identidad campesina, la cual se teje alrededor de las subjetividades propias y las comunitarias. El reconocimiento de los demás habitantes del territorio, los vecinos, quién pertenece a qué familia, son, así mismo, rasgos que caracterizan a la comunidad del Yarumo y que integran su identidad.

Los campesinos se han caracterizado por ser personas que establecen vínculos de confianza y cooperación con los demás, por ser abiertos al diálogo y a mostrar sus saberes y

compartirlos. Según Conda Cifuentes, O. H. et. al (2018). “Se caracterizan por el reconocimiento entre sí, el saludo y la amabilidad”. (p.51)

Allí encontramos valores como la cooperación, la sencillez, la amabilidad, la humildad, la perseverancia, la constancia, la confianza en la palabra y en la seriedad, los buenos modales y la disposición a compartir sus conocimientos, como ocurrió durante el sancocho que realizamos, donde sobró la ayuda para la preparación y para comérselo, mientras que las conversaciones no se apagaron, contándonos todo sobre sus maneras de trabajar, vivir y organizarse.

Ese modo de vivir genera sentidos de comunidad en las personas de la vereda El Yarumo, es el resultado de una necesidad de cohesión, de mantenerse unidos como comunidad mediante los vínculos familiares, vecinales y de compadrazgo. Por otra parte, como resultado de su identidad campesina, conservan unas formas propias, con relación a las formas de vestir, de expresarse, de saludar, entre otras.

7.1.2 Los vínculos con la tierra

El vínculo profundo con la tierra es fundamental en su diario vivir, no desde la instrumentalización y explotación de ésta, sino desde una visión de respeto, cuidado, abundancia y ancestralidad, contraria a la visión productora y extractivista de la tierra que se ha impuesto desde los modelos económicos actuales, donde la naturaleza ocupa una posición de inferioridad dentro de los intereses mundiales del progreso, tal y como lo explica Quijano (2012).

Una de las ideas/imágenes más características del eurocentrismo, en cualquiera de sus vertientes: La “explotación de la naturaleza” como algo que no requiere justificación alguna y que se expresa cabalmente en la ética productivista engendrada junto con la “revolución industrial”. No es en absoluto difícil percibir la inherente presencia de la idea de “raza” como parte de la “naturaleza”, como explicación y justificación de la explotación de las “razas inferiores”. (p.51)

Es la relación que el campesino establece con la tierra lo que hace una diferencia en su modo de vida respecto a la sociedad moderna colonizada, pues la mayoría de sus prácticas

cotidianas tienen que ver con el uso y conservación de la tierra, no solo para el cultivo, sino para el ejercicio de prácticas ancestrales que benefician el territorio y la configuración de un sentido de vida valioso para ellos. Como afirma Mora (2007)

Los valores, el vínculo con la tierra, con las semillas, con sus antepasados, con el lugar mismo, son elementos fundamentales de la persistencia campesina que configuran su identidad, la cual puede ser mucho más fuerte que cualquier racionalidad económica. Más que un modo de producción, el campesinado debe considerarse como un modo de vida. (p.55)

El vínculo con la tierra es dignificante y da un sentido a la existencia misma de los campesinos. Don Abelino afirma que "La vida en el campo es muy buena", "Uno aquí vive muy tranquilo", "Todo el día se está haciendo algo". (Comunicación personal, sábado 26 de marzo de 2022)

Dentro del quehacer cotidiano de los campesinos de la vereda El Yarumo, la mayor parte del tiempo la ocupan en el trabajo de la tierra, para esto son indispensables sus herramientas de trabajo, de las cuales tiene un conocimiento y manejo habilidoso para cada necesidad y según las condiciones del clima, de la tierra y las cosechas, entre estas está el machete, el pico, la pala, la barra, el azadón, la escalera de madera, la media luna, lazos, sombrero o gorra para el sol.

Dentro de sus símbolos se encuentra la casa de un campesino, la cual contiene varios ítems, el primero es una casa sin muchos lujos, calidad y humilde, llena de elementos que denominan 'reblujo', pero que son herramientas para trabajar el campo (entre otros como el machete, poncho, sombrero). (Ramírez, S. 2016. p.15)

Muchos de estos implementos como la escalera, la media luna, o el cabo de la pala son elaborados por ellos mismos con insumos de sus propias tierras como escombros de madera, lo que se necesita comprar es muy poco, es así como estas formas de trabajo se antepone a las dinámicas de producción agrícola modernas, que han incorporado amplias tecnologías en cuanto a insumos y cualificación de la mano de obra, con el fin de producir a gran escala.

Figura 8

Herramientas de elaboración propia del campesinado del Yarumo



Nota: fotografía tomada por Alejandra Sánchez, 2022

Utilizar las herramientas propias permite fortalecer los conocimientos locales. Según Arias, L., & Beatriz, E. (2016) estos saberes, si bien permanecen al margen de los sistemas especializados o formales, constituyen un dispositivo de protección social, toda vez que tienen como eje un sistema relacional de sostén recíproco que a su vez se apoya en una síntesis de saberes nutrida de manera ecléctica y plural.

El entendimiento de la tierra como un espacio para el compartir, para la abundancia familiar y vecinal, y no para intereses individualistas y egoístas, hace parte de su comprensión de su territorio. Dentro de sus sentidos comunitarios es fundamental la reciprocidad. Es por lo anterior, que es común el uso de mano de obra familiar, como afirma Mora (2007) y como se pudo evidenciar en las actividades de campo.

Las y los campesinos poseen un arraigo y una relación fuerte con la tierra y el territorio que habitan, lo cual fortalece su identidad y su forma de vida campesina. Alrededor de ambos (tierra y territorio) y de las relaciones e interacciones que se dan allí, el campesino

construye actividades y formas de vida que le son propias (Conda Cifuentes, et al., 2018.p.58)

Es de esta manera, a partir de su modo de vida, que los campesinos del Yarumo van estableciendo sus propias rutinas, por ejemplo, el día empieza muy temprano en la mañana y termina, igualmente, muy temprano por la tarde, así mismo, sus actividades diarias se encuentran relacionadas con el cultivo, cuidado de la tierra y de los animales, las tareas de la casa y la búsqueda de alimentos como frutas, plátanos, ahuyama y aguacate para el consumo diario de la familia.

Así mismo, el cultivo y recolección de alimentos les proveen gran parte de su alimentación, fundamental en su cotidianidad por las exigencias físicas que demanda el trabajo, pero además hace parte de sus tradiciones el alimentarse bien y comer en abundancia,

De lo tradicional muchos mencionan la alimentación como algo fundamental, los tragos en la mañana un buen desayuno para poder resistir la jornada fuerte durante el día, en la tarde está el almuerzo también reforzadito y tipo tres o cuatro de la tarde está un rico y delicioso chocolate, pero no es solo el chocolate como tal, sino que eso viene acompañado de arepa, quesito y galletas. La alimentación viene siendo algo muy típico del campesino en su día a día. (Ramírez, S. 2016 p.34)

Como afirma Don Héctor Sánchez de la vereda El Yarumo, “el trabajo en el campo es duro, y uno necesita energías, por eso se come bastante” (Comunicación personal, 2022.), por esto es común ver que su alimentación diaria es abundante, y que entre vecinos se compartan aquellos alimentos que están en cosecha, pues alimentarse bien, más allá de suplir las necesidades nutricionales, para esta comunidad es sinónimo de buen vivir y de convivir.

Compartir los alimentos dentro de la comunidad, hace parte de sus sentidos comunitarios y demuestra que en la vereda el Yarumo, persisten los lazos comunales que han ido tejiendo relaciones de apoyo mutuo y confianza en los campesinos que pertenecen a este territorio, y que son una expresión de hermandad y humanidad, necesarias en tiempos de hambrunas, crisis sociales y relacionales.

Continúan resistiendo entonces ante un modelo de vida hegemónico impuesto, donde se requiere ser ciudadano, académico, empresario, blanco, y *civilizado* para encajar en un ideal de progreso y desarrollo “puede verse una forma de resistencia que se origina en el hecho evidente de la diferencia cultural. Las culturas campesinas latinoamericanas todavía muestran un significativo contraste evidente con las culturas dominantes de origen europeo, en términos de esquemas culturales y prácticas relativas a la tierra, el alimento y la economía”. (Escobar, A. 2007. p.286)

7.1.3 Organización y relacionamientos vecinales

Los campesinos y campesinas de la vereda el Yarumo siguen reuniéndose mediante *el convite* y los *comités de trabajo* para gestionar sus necesidades, como el arreglo de las vías por ejemplo o para ayudarse entre vecinos. Reconocen que se han debilitado las formas de organización debido al individualismo y a la pérdida de credibilidad en líderes, quienes ya no son propiamente campesinos de zonas rurales como anteriormente, sino que algunos hacen parte de las élites políticas, generando relaciones de poder desde la politización de los espacios comunitarios y el utilitarismo.

En la vereda afirman que han perdido todo interés en reuniones con funcionarios de las instituciones públicas, aduciendo que: “Se reúnen a politiquiar y utilizan estos espacios para el propio beneficio o para favorecer a los ricos” (Agustín Hernández, Comunicación personal, 2022). En ese sentido, la institucionalidad ha utilizado los espacios comunitarios para instaurar unos referentes de vida distintos a los intereses del campesinado, en un intento de urbanizar el campo, cuando en realidad se están estableciendo relaciones de poder desiguales y descontextualizadas que solo continúan perpetuando la pobreza en la ruralidad y que atentan contra las formas de organización propias.

El campesinado, de acuerdo con el orden de jerarquización mundial ha sido colonizado de múltiples formas por las élites, estas imposiciones coloniales, aún se manifiestan dentro del modo de vida de la comunidad campesina del Yarumo, donde se evidencia una tendencia por jerarquizar a la población y establecer distinciones de clase social, que atentan contra los valores

comunitarios y la convivencia que aún permanecen y que finalmente, desde el TSC y la perspectiva intercultural y decolonial se pretenden reivindicar.

Lo comunal es entonces la reinscripción, en el presente moderno y capitalista, de unas formas no-capitalistas y no-modernas de estilo de vida, que han sabido convivir con ambos procesos y que por ende hoy son tan marginales como híbridas (Mattison, 2012, p.6. como se citó en Fraga, E. 2015. p.208.)

La construcción de vínculos comunitarios es un proceso inherente en la vida de los seres humanos, por lo que este proceso se hace significativo en el campesinado, pues a partir de allí se reflejan experiencias y valores que hacen parte del día a día, la comprensión del otro y la otra al generar lazos que permitan hacer de cada labor y de cada experiencia más llevadera y amable, reconociendo que las comunidades campesinas son diversas y que “La vida campesina se constituye en una red de vínculos sociales expresada territorialmente en comunidades, veredas, corregimientos, minas, playones, entre otros, y se desarrolla en asociación con los ecosistemas, lo que configura la diversidad de comunidades campesinas”. (Granados, S. 2020, p.20)

En el Yarumo, las relaciones comunitarias han ido cambiando, como nos cuenta don Agustín Hernández (Comunicación personal, 2022) “ya no se comparten los alimentos como antes porque todos queremos ganancias propias” Lo que refiere a aquellas acciones individualistas que hacen parte de la actual sociedad capitalista que promueve la obtención inmedible de bienes para uso lucrativo en lugar del intercambio.

En la comunidad se perciben también que las desigualdades en la tenencia de la tierra afecta la construcción de sentidos comunitarios, al jerarquizar o establecer distinciones de clase de acuerdo a la cantidad de tierra que se posee, como afirma Don Héctor Sánchez (Comunicación personal, 5 de mayo, 2022) estas distinciones se dan porque “Los que tienen parcelas pequeñas son los que llaman pequeños y medianos agricultores y ya los que tienen fincas cómo de 500 hectáreas, ya esos son ganaderos” .

Dicen los habitantes del Yarumo que anteriormente estas tierras podían ser trabajadas de forma compartida entre los campesinos de la zona para quien lo necesitara, pero a medida que fueron “adquiridas por herencias de patronos muy antiguos que ya murieron y quedaron los hijos

reemplazando el cargo del papá que venía a ser el dueño de la finca mucho antes” (Comunicación personal, Héctor Sánchez, 2022)

La finalidad de gran parte de los terrenos se limitó al ámbito lucrativo, a través de la ganadería, dejando sin trabajo a muchas personas, y las pocas que son empleadas suelen trabajar desmedidamente y por remuneraciones bajas, como afirman los campesinos de la vereda. Es así que se ha llegado a la concepción de que el campo, la tierra y las labores campesinas son sinónimo de explotación laboral y pobreza.

Sin embargo, a pesar del uso que se le ha dado a la tierra para fines productivos, algunos campesinos aún trabajan la tierra en comunidad, como Don Héctor Sánchez (2022) quien en una de las actividades realizadas llamada *Habitando el campo* narra que en su terreno también cultiva su tío Tulio Quiroz, y su primo Darío Quiroz, ya que Tulio vendió la tierra porque ya se siente muy “desfuerzado” y no tiene la capacidad de sacar las cosechas hacia su casa, por eso siembra en pequeñas cantidades y Darío cultiva para ayudar al sostenimiento de la familia, fortaleciendo las actitudes solidarias que permiten un sustento colectivo. De esta manera, los sentidos comunitarios del campesinado se convierten en una manifestación de formas de ser y de vivir, que a pesar de las adversidades promueven relaciones de apoyo mutuo, el compartir la tierra, el intercambio de alimentos y otras prácticas que les garantizan su pervivencia.

La construcción del vínculo en un mundo que nos propone una vida individual, que nos propone resolver las cosas de manera individual, que organizaciones y procesos colectivos locales promuevan el vínculo para resolver las cosas, eso ya es en sí mismo transgresor. (Manuel Henao, comunicación personal, 5 de mayo, 2022).

Si bien en la vereda el campesinado hasta ahora carece de un sistema organizacional definido y que permita optimizar las estrategias y acciones relacionadas con la soberanía, como lo es el cultivo agroecológico y el compartir de productos de la cosecha, los campesinos reconocen que: “No hay asociación y nunca ha habido, y lo consideramos importante, ya que solo el café es el único importante y tiene comité de cafeteros.” (Tulio Quiroz, 2022, conversación personal). Por otro lado, manifiestan que anteriormente: “En las juntas se hacían comités de

trabajo o convites”, “Hoy se reúnen a politiquiar”, “la junta la manda la gente”. (Agustín Hernández, comunicación personal, 2022)

Los espacios de participación comunitaria y organización campesina se han desplazado paulatinamente hacia el utilitarismo político y la usurpación simbólica, en la cual el liderazgo comunal y la figura misma de la comunidad, han sido desdibujados. Ante esta situación, la comunidad ha adoptado maneras de organizarse que distan de aquellas impuestas por las instituciones gubernamentales, como los son los convites o comités de trabajo, el compartir bienes e intercambiarlos, y las relaciones de vecindad, que representan una lucha constante ante el egoísmo, individualismo y competitividad que opacan cualquier gesto de humanidad en un mundo globalizado.

La comunidad manifiesta la necesidad de organizarse en torno a las múltiples problemáticas que enfrentan, ya no desde la institucionalidad, pues precisamente reclaman una deuda histórica del poder burocrático con el campesinado, “En la Umata daban pollos, dijeron que por comprar seis bultos de abono nos regalaban tres, esta es la hora que no nos dieron nada” “El gobierno nos mató”. (Libardo Quiróz, 2022, conversación personal)

Por el contrario, demandan nuevos liderazgos campesinos que representen sus intereses y propicien espacios organizativos, de diálogo, participación y autogestión, que les permitan implementar sus prácticas propias, reconociendo su diversidad y ancestralidad, sin tener que depender de las voluntades políticas. “se necesitan insumos, semillas, proyectos agrícolas, educar, formar asociaciones” (Libardo Quiróz, 5 de mayo 2022, Comunicación personal)

Una comunidad organizada tiene mayores probabilidades de resistir a las inclemencias de la época y de suplir todas sus necesidades. Si bien en el Yarumo, debido a la imposición del sistema capitalista y el cual afecta directamente las costumbres campesinas, la organización comunitaria, manifiestan, escasea cada vez más, siguen siendo comunes los convites para llevar a cabo labores que son requeridas por todos. No obstante, una mayor organización, por ejemplo, con respecto al trabajo de la tierra, puede traer mejores resultados respecto al fortalecimiento de sus sistemas de alimentación (FAO, 2021).

7.2 Migración campo-ciudad

El proceso de colonización es precursor del modelo de desarrollo urbano industrial ya que propició la imposición de ciertas élites sobre otros sectores de la sociedad. Dicha brecha que se ha reproducido históricamente ha propiciado las condiciones para que se pretenda subordinar a las personas que habitan en la ruralidad, generándose la percepción de que los ciudadanos ostentan superioridad, y que los campesinos ven limitados sus alcances a ser productores y proveedores de alimentos (Limonad & Monte-Mór, 2012).

La instrumentalización a que históricamente ha sido sometido el campo pone en situación de desventaja y vulnerabilidad al campesinado. Las relaciones coloniales y de poder verticales truncan la vida en lo rural, generan dependencia e imponen lógicas de vida modernas que desconocen cualquier forma diferente de habitar el mundo. Limonad & Monte-Mór (2012) dicen que:

El campo, a su vez, espacio privilegiado de la vida y de la producción agraria, después de su subordinación a la ciudad industrial, pierde su carácter potencialmente autosuficiente. Esta subordinación del campo a la ciudad alcanza además de la esfera de la producción y de la realización de las mercancías, su dependencia frente a las crecientes demandas del campo por productos, tecnologías y servicios ofrecidos desde la ciudad. (p.2)

En relación con lo anterior, se identifica que el campesinado ha sufrido las consecuencias de diferentes acontecimientos históricos como la modernización, la globalización, el neoliberalismo, entre otros, que son el resultado de la colonialidad, por eso es de frecuente ocurrencia la migración del campo a la ciudad como consecuencia directa de dicho modelo de sociedad y desarrollo, afectando paulatinamente los sentidos comunitarios y el sentido de pertenencia con el campo.

En Colombia el fenómeno de la migración de la población rural a las ciudades se ha caracterizado por estar vinculado principalmente con factores económicos, políticos, de transformación productiva, la violencia y con lógicas globales. Esta fue concebida por las desigualdades y transgresiones, como son la apropiación y mala distribución de tierras, la violencia, los grupos armados y el narcotráfico, entre otros. La megaminería y los monocultivos,

ambas apuestas claves del capitalismo y el neoliberalismo, son dos de las principales causas del despojo de tierras a los campesinos del país (Cortés Ramírez, 2020). En el municipio de Armenia la queja del campesinado es porque enormes extensiones de tierra son empleadas para el lucro de unos pocos, ocupándolas con monocultivos de café o ganadería extensiva que sostienen por medio del abuso de uso de agroquímicos y que además se desconocen de las dinámicas comunitarias, por lo que se constituyen en una amenaza para la soberanía alimentaria de estos y para las formas tradicionales de compartir y trabajar la tierra.

Dicho esto, en la vereda el Yarumo del municipio de Armenia-Antioquia, es bastante común que la población joven migre hacia la ciudad. Esta situación preocupa a las personas adultas dado que enuncian que: “Nosotros no vamos a estar siempre aquí”, “El campo se va a acabar”, “Queremos que nuestros hijos tengan otras opciones” (Sancocho comunitario, comunicación personal, sábado 26 de marzo de 2022). Estas frases, cargadas de significado y que reflejan la angustia por el futuro tanto de sus jóvenes como de sus territorios, fueron la motivación para indagar por los motivos que llevaron a las y los jóvenes a irse de sus casas y campos para la ciudad.

La población joven consultada coincidió en indicar que han migrado a la ciudad en busca de mejores oportunidades debido a la falta de empleo o de acceso a la educación superior en sus lugares de origen. En sus propias palabras Esteban Mesa expresa que “Ya no tenía ninguna otra oportunidad que ofrezca el municipio, ya que si me quedaba no podía continuar con mis estudios” (comunicación personal, 5 de junio 2022).

Las motivaciones principales de migración de la población rural a las ciudades son de dos tipos para Ulloa Cáceres (2017): primero aquellos factores que resultan atrayentes de las ciudades, como lo es una mayor facilidad de acceso a trabajos bien remunerados y a educación, entre otras, y por segundo, los de expulsión de sus territorios como son la violencia, la apropiación de tierras, el desplazamiento, entre otros.

De esta manera es claro que la población joven del Yarumo se ha encontrado presionada a migrar a las urbes principalmente por factores relacionados con el primer grupo descrito, lo que resulta llamativo, toda vez que la migración de la ruralidad en el país ocasionada por la violencia (Por temor o por desplazamiento) se encuentra ampliamente reportada en la literatura, con tasas considerablemente altas (Vargas, 2010).

La inclinación de la juventud por la ciudad también está relacionada con los referentes de vida que ha instaurado el sistema, los modelos educativos y los medios de comunicación que alimentan el ideal de las sociedades modernas, volcando el accionar hacia la búsqueda de bienes materiales bajo la premisa del bienestar y satisfacción de necesidades, esto hace que los sentidos comunitarios se vayan debilitando en la medida en que la juventud campesina se va direccionando en búsqueda del ideal de progreso en las grandes urbes.

Por otra parte, el arraigo hacia la tierra varía entre la población más adulta y los jóvenes, pues éstos últimos han ido encontrando nuevos referentes de vida distintos al trabajo de la tierra, influenciados por los medios de comunicación contemporáneos. Por otra parte, el campesinado de más edad considera que la migración de los jóvenes se debe, en gran medida, a que no quieren trabajar la tierra, porque no les gusta o prefieren "la vagancia", manifestando preocupación por el relevo generacional, y la conservación de saberes (Héctor Sánchez, Comunicación personal, 2022).

Indudablemente el mundo moderno en su imaginario colonial va creando representaciones de vida en la ciudad desde la felicidad y el progreso, enmarcadas en la lógica del mercado y el consumismo, el refinamiento y el elitismo, lo que va generando el desarraigo y pérdida de la identidad campesina en la juventud, esto ha afectado el proceso de transmisión de saberes ya que como menciona la comunidad, en la vereda la población joven es escasa y los que aún no han migrado no se dedican a la agricultura, como afirma el joven Esteban Mesa, "en el municipio la población joven que se identifica no es mucha, es más la población más longeva, entonces digamos que esa parte juvenil trabaja en supermercados, trabajando de repartidor o digamos que en unas actividades muy diferentes a lo que se dedica la gente campesina" (Comunicación personal, 2022).

Lo anterior no significa que la juventud no sienta anhelo por su pueblo, por el contrario, se percibe una nostalgia por el retorno, piensan en Armenia como su *hogar familiar* y reconocen en la comunidad campesina *una confianza que se tienen entre todos*, la calidez de sus habitantes, que les hace cuestionarse si es posible regresar a su comunidad y bajo qué condiciones de acuerdo con lo que mencionaron en entrevistas que se les realizaron. Esto nos lleva a plantearnos, teniendo en cuenta las expectativas e imaginarios que hacen que los jóvenes rurales consideren que no hay oportunidades en la ruralidad, qué alternativas hay para que no decidan migrar y cómo se

posicionan estos en relación con las prácticas, los saberes campesinos y los sentidos de comunidad.

En lo mencionado anteriormente se encuentra la fundamentación del desarraigo territorial que surge en la juventud de la vereda, ya que manifiestan que: “[Si] los finqueros pagaran más bien el trabajo, valoraran más el trabajo de las personas, digamos que así uno si se motivaría como a trabajar allá, la gente [Los terratenientes] allá es muy aprovechada de los pobres” (Andrea Sánchez, Comunicación personal, 2022)

Como lo dice Valdés (2019), la comunidad campesina parece estar condenada a escoger entre ser proletarizada y olvidarse de cultivar su parcela, en el caso de aquellos que permanecen en el territorio, o aspirar a ser “pequeños aburguesados”, como puede ser la situación de aquellos miembros que en busca de mejores oportunidades buscan incursionar en las dinámicas ciudadinas. Este proceso de diferenciación está implícitamente relacionado con un asunto político-estatal que ahonda en la construcción comunitaria de relaciones sociales en la vereda el Yarumo, además del reconocimiento identitario como campesinos y campesinas ya que:

El campesinado no ha logrado que el Estado reconozca su importancia como grupo social, a lo que se ha sumado la victimización histórica a la que ha sido condenado por la violencia. Desatención estatal y violencia han sido la fuente principal de su vulnerabilidad (P. N. U. D., 2011, p. 115.)

Todas estas situaciones como la migración de la juventud y el consecuente temor de los mayores por el futuro de sus territorios, han ido debilitando los sentidos comunitarios en la vereda, es por esto que desde una perspectiva intercultural y decolonial, es relevante promover en la comunidad un diálogo intergeneracional que desde posturas diversas apunte hacia la consecución de los objetivos comunes en los territorios, donde se logren reconocer las falencias que se tienen como comunidad para caminar juntos hacia otros escenarios posibles en el campo, sin necesidad de que los jóvenes deban migrar hacia entornos urbanos donde serían aún más vulnerados y empobrecidos.

En lo expuesto del campesinado de la vereda el Yarumo en Armenia, Antioquia, es válido decir que se conservan prácticas que son el resultado de sus conocimientos ancestrales. También que muchos jóvenes comprenden la importancia del modo de vida campesino. El compartir terrenos para la siembra y el trabajo, así como los productos de este, son aquellas acciones que en esta comunidad fortalecen la organización comunitaria y conllevan a una línea de pensamiento común acorde con la construcción de los sentidos comunitarios desde el ejercicio de la soberanía alimentaria

8 Capítulo II

El Campesinado del Yarumo en Ejercicio de su Soberanía Alimentaria

Figura 9

Semillero de lulo, tomate y guayaba pera



Nota: fotografía tomada por Alejandra Sánchez, 2022

Figura 10

Semillero de lulo, tomate y guayaba pera



Nota: fotografía tomada por Alejandra Sánchez, 2022

A lo largo de este capítulo se expondrán las prácticas de soberanía alimentaria de la comunidad campesina de la vereda El Yarumo de Armenia, encaminadas al mantenimiento de sus sistemas autónomos de alimentación, y por ende, propenden por el ejercicio de su derecho a la soberanía alimentaria, desde la negación y el desprendimiento del sistema capitalista dominante, donde la competencia desleal y la violencia se encargan de negarles las oportunidades de mejorar sus condiciones de vida. En un inicio se hará una conceptualización breve sobre lo que se entiende por soberanía alimentaria y se abordarán las actividades que el campesinado del Yarumo realiza en su ejercicio de esta. en asuntos relacionados con los vínculos comunitarios, el cultivo de la tierra y la provisión de la comida.

8.1 Cultivar la tierra en comunidad desde la soberanía alimentaria

La propuesta de soberanía alimentaria fue llevada al debate público por la organización La Vía Campesina en el año 1996, en la celebración del Foro Mundial por la Seguridad Alimentaria. En general abarca una lista de características de una sociedad, donde lo primordial será que las políticas públicas implementadas consideren como prioridad la alimentación de calidad, suficientemente nutritiva y de distribución equitativa entre sus miembros, a la vez que se preocupen por los procesos que conllevan a la producción de dichos alimentos, tomando en cuenta que su impacto medio ambiental sea positivo o al menos neutro, conservando los saberes ancestrales y artesanales y rechazando los sistemas tecnificados modernos que ignoran el daño medio ambiental.

Para lograr la soberanía alimentaria y con ella los derechos de los agricultores García & Wahren (2016) exponen que “los recursos naturales no pueden ser privatizados: La tierra, las aguas, y el aire, pertenecen a la humanidad, como también pertenece a todos el material genético de las semillas” (p.334). La soberanía alimentaria prioriza el sistema alimentario local, propone un cambio de enfoque en cuanto a la elaboración y consumo de alimentos, donde se resalta la producción artesanal y agroecológica, además se opone a la apertura de mercados, a la industrialización de la agricultura, al uso de insumos químicos y a la competencia desventajosa

que ejercen los sectores industrializados encargados de la producción y distribución de alimentos sobre las zonas rurales no industrializadas.

Además de esto, en su sentido político, aborda también una noción de cuidado de los territorios en la medida en que

Garantiza que los derechos de acceso y a la gestión de nuestra tierra, de nuestros territorios, nuestras aguas, nuestras semillas, nuestro ganado y la biodiversidad, estén en manos de aquellos que producimos los alimentos. La soberanía alimentaria supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y desigualdades entre los hombres y mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales y generaciones (La Vía Campesina, 2007, como se citó en Nova, Rojas & Ramírez, 2019, p.329)

La Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (2020) dicta que la soberanía alimentaria es un derecho de todas las personas y de las comunidades, y reconoce entre otros el derecho a la tenencia de tierra para cultivar, el acceso a semillas, agua, alimentos de calidad y suficientemente nutritivos y a la biodiversidad, muy relacionados con la soberanía alimentaria de los habitantes de la ruralidad.

Acorde a lo anterior, la comunidad campesina del Yarumo en Armenia está permeada por lógicas y relaciones de poder que se han perpetuado a lo largo de la historia, relacionadas con la colonialidad y con formas de vida *modernas*, que niegan cualquier otra. Es evidente la huella que en estas familias ha dejado el paso inclemente de la revolución verde, fuertemente arraigada en el país desde la década de 1950, principalmente a razón de intereses extranjeros, de Estados Unidos (Garavito & Martínez, 2014).

Es así como la revolución verde en Colombia es resultado de lo que podemos entender como la colonización de las ideas, una *norteamericanización* del pensamiento que está dada por una extensa relación inequitativa entre ambos países, en la que existe un notable sometimiento del gobierno colombiano a los ideales e intereses de los Estados Unidos, quienes asumen que el

país latinoamericano se encuentra en el camino de parecerseles. Es un pensar eurocéntrico y colonial que, según Rincón (2015)

Mantiene como obvio que la humanidad futura alcanzará las mismas características como situación cultural que Europa y Estados Unidos a través del proceso inevitable de globalización, en otras palabras, la posmodernidad sigue excluyendo de su crítica la existencia de otras culturas valiosas, de otras experiencias humanas sumamente ricas no europeas antes, durante o paralelas a la modernidad.

Revolución verde es un término contradictorio que pretende evocar una postura medioambiental mientras significa todo lo contrario: Consiste en el uso de técnicas de agricultura intensiva en la búsqueda incesante por producir enormes cantidades de alimento para abastecer a la sobrepoblación humana. (Molina, 2021) El ejemplo posiblemente más notable al respecto son las enormes extensiones de tierra utilizadas para monocultivos, que predisponen a la propensión de las plantas a plagas y enfermedades, haciendo dependientes a los agricultores del uso de agro insumos químicos que deterioran los suelos hasta dejarlos inútiles, lo que se combate con el uso de abonos químicos.

Esta manera de comprender la agricultura, consta de una marcada visión mercantilista en la que el sujeto campesino depende en gran medida de los enormes conglomerados empresariales que ostentan las semillas, los insumos y que incluso son quienes se encargan de diseñar dichos modelos de cultivo, totalmente perjudiciales para el medio ambiente y para la soberanía alimentaria de la población rural, al estar pensados para los dueños de enormes extensiones de tierra explotables y que producen cantidades suficientes para ser parte del mercado, compitiendo y no perdiendo. Aquellos a quienes el campesinado les llama “los ricos”.

Autores como Tobón (2021) concuerdan en que el derecho a la soberanía alimentaria implica el acceso para toda la población, en todo momento a suficiente alimento nutritivo y culturalmente adecuado, accesible y cuyos procesos productivos sean sostenibles en términos ecológicos y económicos. Se comprende así que la lógica capitalista de la producción agrícola a gran escala va en contra de la vida y de la naturaleza, y afecta directamente la relación que tiene el campesinado con la tierra. En palabras de los campesinos del Yarumo: “Esos venenos contaminan la tierra y el aire”, “con los herbicidas, la tierra cambió” (Comunicación personal, Héctor Sánchez, 2022).

La soberanía alimentaria, como un derecho de individuos y comunidades, y el equilibrio ecosistémico en sí, se encuentran obstaculizados y sabotados por los métodos de cultivo tecnificados y modernos. La FIAN de Brasil (2020), expone lo siguiente:

La naturaleza tóxica de los agrotóxicos, cuyo propósito es exterminar vidas que no son adecuadas para comercializar la producción de alimentos pero que son parte del ecosistema natural, causa un desequilibrio ecológico en sí mismo. Esto se debe a que dicha toxicidad no es específica, sino que afecta muchas otras vidas, más allá de la plaga concreta que se quiera combatir. Sin embargo, para la lógica comercial, tal desequilibrio no es de gran importancia, ya que el objetivo principal es el beneficio (p.15).

Esta comunidad campesina brasilera denuncia, a través de la experiencia, que los agrotóxicos son venenosos y nocivos para la tierra, los cultivos, el aire, los seres humanos y los animales ya que contaminan el suelo, lo hacen poco fértil y dependiente de insumos agroindustriales. De esta forma se ven afectados la economía, la producción de alimentos y su consumo por parte del campesinado.

Los habitantes del Yarumo son igualmente conscientes de que el uso del modelo intensivo de agronegocios va en contra del derecho a la soberanía alimentaria, especialmente debido al proceso de dependencia que se crea a los agrotóxicos, favoreciendo así los intereses privados y del mercado. En palabras del señor Héctor Sánchez:

Es un veneno altamente tóxico y dañino para la salud, incluso le hace daño hasta a los pájaros, porque si uno fumiga el cafetal con ese veneno, el veneno queda oliendo como casi 15 días, y entonces en esa área donde se fumiga con ese veneno los pájaros se mantienen derrotados y no vuelven a esa parte hasta que no pase el olor de ese veneno, es altamente tóxico. (Comunicación personal, 2022)

En el afán por hablar de seguridad alimentaria Luciana et al (2016), plantea que ha sido necesario apostarle a la implementación de tecnologías que hacen parte de la revolución verde. Esta, de la mano de la agroindustria han sido las principales responsables de la comercialización de agrotóxicos y pesticidas, con el fin de aumentar la producción de alimentos, sin reparar de la sostenibilidad ambiental de los procesos y de los daños para los campesinos y poblaciones

cercanas a los cultivos que utilizan esos productos, que han sido reportados en la literatura, como son principalmente afecciones respiratorias, cutáneas, trastornos del desarrollo e incluso se han relacionado con la presentación de algunos cánceres.

El campesinado de la vereda ha tenido que ver cómo su práctica agrícola va dependiendo cada vez más de variedades comerciales de semillas y del uso de los insumos químicos que estas requieren, y así, después de varias décadas, son evidentes los perjuicios, ya que además de ver afectada su salud puntualmente hablando, han vuelto el suelo dependiente de productos, en el bucle de solucionar el daño ocasionado por los químicos (herbicidas, fungicidas, pesticidas) con abonos químicos.

Esta comunidad manifiesta que “El abono químico es necesario porque la tierra ya está dañada” (Héctor Sánchez, sancocho comunitario, 27 de marzo de 2022). En el mismo sentido Molina (2021) enfatiza que “La protección directa de los cultivos, mediante la tríada insecticidas-fungicidas-herbicidas, se ha correlacionado con un aumento de la artificialización de las prácticas agrícolas en torno a los monocultivos de alto rendimiento, cuyo modelo lo tenemos con la revolución verde” (p.28)

La posesión y uso de las semillas propias es fundamental para el ejercicio de la soberanía alimentaria pues da autonomía a los campesinos para elegir qué sembrar y bajo qué condiciones hacerlo. Permite romper con la dependencia al no cumplir con los estándares internacionales del agronegocio. Al respecto la Red de Semillas Libres de Colombia dijo lo siguiente:

Las semillas son uno de los componentes sagrados de la cultura, la soberanía y autonomía alimentaria de los pueblos, es por ello que desde el origen de la agricultura las semillas han caminado libremente con los agricultores y agricultoras, sin normas que restrinjan su producción, conservación, uso, intercambio y comercialización (2019 p,1.).

Los habitantes de la vereda el Yarumo consideran la alimentación campesina, principalmente, como el ejercicio de cultivar y trabajar la tierra para obtener los alimentos propios. Esta se constituye así en una forma de conservar su identidad y mantener la autonomía del trabajo, ya que ese modo de alimentarse posibilita que los sujetos trabajen la tierra en comunidad. A partir de esta práctica cotidiana, que a su vez los incluye en el sistema comercial y

les brinda sustento económico, el campesinado lucha contra ciertas imposiciones neoliberales, implementadas desde la revolución verde y que atentan en contra de la relación humano-naturaleza y en contraposición a esto, buscan que perduren costumbres que son formas de resistencia al individualismo y a la destrucción de la tierra.

De manera similar, además de sembrar para el consumo propio, los lazos de la comunidad se ven fortalecidos por medio del compartir los productos de la tierra: “Se comparte lo que se siembra entre los vecinos y los animales”. Esta dinámica puede ser entendida como un método de resistencia al modelo impuesto, donde como se ha expuesto, se le niega oportunidades a la comunidad para acceder a suficientes alimentos de calidad y suficientemente nutritivos. (Comunicación personal, Héctor Sánchez, 2022)

Desde la vivencia de la comunidad campesina del Yarumo, la soberanía alimentaria y la agroecología son alternativas para hacer frente al modelo capitalista agroalimentario, que surgen y han estado latentes, que merecen de profundización y estudio. En el estudio realizado por Garavito Londoño & Palacio Martínez (2014) titulado Cambios en las Prácticas Culturales de los Agricultores del Altiplano Oriente Antioqueño, realizado en los municipios de Rionegro, el Carmen de Viboral y Guarne, se encontró, de igual manera que en el Yarumo en Armenia, una pobreza de los terrenos la cual atribuyen tanto al uso intensivo de químicos como a los bajos niveles de escolaridad entre la población campesina.

Las tierras se encuentran actualmente muy afectadas por el paso de los sistemas agrícolas intensivos, iniciar un proceso de recuperación de estas parte desde las propias comunidades campesinas, por medio de la alteración de los elementos químicos, que ellos saben y perciben como peligrosos en toda medida para la salud de la comunidad, por sustancias orgánicas y la implementación de cultivos alelopáticos, que sin afectar el suelo les permitan alejar las plagas y obtener cosechas suficientemente rentables, limpias y nutritivas (González Torres, 2020).

Es ideal que se prioricen los cultivos que son para el consumo local, garantizando que haya disponibilidad para todos los miembros de la comunidad, esto sin desconocer lo necesaria que es la venta de productos para obtener ingresos, ahora bien, la recuperación progresiva de los suelos permitiría una expansión del área cultivada y el trabajo en comunidad propenderá,

igualmente, por la obtención de mayor cantidad de producto sin generar impactos medioambientales negativos.

8.2 Tenencia y uso de la Tierra

Durante el sancocho comunitario los y las campesinas con quienes estábamos reunidas nos expresaron que, si bien la mayoría son propietarios de sus casas y estas cuentan con espacios de tamaño variable para la cosecha, otros y otras que habitan en el lugar no cuentan con tierra trabajable y buscan quién les permita trabajar en su tierra a cambio de mano de obra o de productos de la cosecha, y así desempeñan sus habilidades agrícolas. Consideran que quienes poseen grandes extensiones de tierra promueven la desigualdad y el empobrecimiento en las comunidades, como la suya, donde los habitantes que poseen terrenos pequeños no tienen la posibilidad de generar los suficientes recursos para subsistir, pues los alimentos además de ser consumidos, requieren de ser comercializados para obtener ingresos que permitan solventar los gastos esenciales como son la salud, los servicios públicos, el vestuario, entre otros, y que el mercado les ofrece un pago insignificante por sus productos, como ellos mismos refieren.

La mayoría de las tierras de esta región les pertenecen a grandes terratenientes y a quienes emplean ejercen una gran presión sobre el campesino, con exceso de carga laboral y poca remuneración: “Hoy no hay dónde trabajar, si él tiene dónde, yo no” (Tulio Quiroz, comunicación personal, 26 de marzo de 2022). Lo anterior, es una de las expresiones comunes entre los habitantes de la Vereda El Yarumo, manifestando la desigualdad latente que viven en lo que ha significado la tenencia de la tierra entre ellos

A raíz de esto se ha producido una gran crisis humanitaria que viven los campesinos hace más de 50 años, por un conflicto social y armado en el que la élite pretende defender su poder político y económico poniendo en riesgo derechos fundamentales, económicos, sociales, culturales y ambientales de los campesinos. (Vargas, 2007,p1)

La crisis se extiende significativamente en las zonas rurales de Colombia y la posibilidad de conservar los vínculos del cuidado y la producción de la tierra, está cada vez más limitada. Una de las habitantes de la vereda narró al respecto: “Antes manejábamos mucho la caña de

azúcar, ahora no, porque se adueñaron los ricos de esas tierras” (Sor Marina Hernández, comunicación personal, 26 de marzo de 2022). Nos contó, además, sobre los cambios que se han presentado en la vereda con respecto al uso del suelo a lo largo del tiempo, afirmando que a medida que se extiende la propiedad privada del agronegocio en la zona rural, se ve afectada la agricultura comunitaria, toda vez que los grandes terratenientes desconocen de las dinámicas comunitarias, explotan y deterioran el suelo exclusivamente con fines comerciales y de lucro individual. Don Víctor es un habitante del Yarumo que trabaja para una de las fincas grandes productoras de la zona de ganadería extensiva. Sus vecinos, dicen que la situación de aquel es indignante, refiriéndose al abuso laboral que vive: “Sube don Víctor como a las 10 o 11 de la noche por mi casa y no le pagan horas extras, ese señor todo flaquito” (Comunicación personal, 27 de marzo de 2022).

El uso del suelo para el campesinado de la vereda el Yarumo se ha complicado debido a la marcada desigualdad en la tenencia de la tierra, así como a la imposibilidad de obtener cosechas más productivas por la contaminación, el deterioro de los suelos y la ausencia de recursos. Los terratenientes han tomado, según lo cuenta el campesinado, una postura explotadora, colonial, capitalista, donde se prefiere el uso de agroquímicos y de sistemas intensivos que teóricamente reducen gastos en contratación de personal, y que se encuentran en contra del ejercicio de la soberanía alimentaria de esta comunidad, de esta manera manifiesta don Héctor, indicando que ahora contratan dos o tres fumigadores, y cuando más, una pareja de alambradores, o sea dos hombres haciendo cercas de alambre para dividir el ganado, y dos personas arreglando caminos para los vaqueros poderse movilizar en bestias y el ganado poder transitar, entonces en una finca grande donde primero habían 25 o 30 trabajadores [ahora] solamente hay 7 trabajadores. (Héctor Sánchez, comunicación personal, entrevista, 2022).

8.3 Cultivar para Comer

Figura 10

Eras preparadas para sembrar frijol y legumbres



Nota: Fotografías tomada por Alejandra Sánchez, 2022

Figura 11*Huerta con legumbres*

Nota: Fotografías tomada por Alejandra Sánchez 2022

Cada vez se hace más necesario para las comunidades campesinas repensar y reflexionar sus procesos y saberes para garantizar su soberanía alimentaria, empleando alternativas que les permitan resistir al modelo agrícola hegemónico desde sus conocimientos y su relación con el medio ambiente, así como desde lo que vaya aportando la academia. Debido a las lógicas del consumismo y a la explotación de los recursos naturales para el agronegocio, los campesinos de la vereda El Yarumo describen que han encontrado en el cultivo para el autoconsumo una opción de vida que incluye el sostenimiento familiar y la dignificación de su trabajo con la tierra.

Cultivar para comercializar se ha convertido en “una humillación”, dicen, ya que no reciben una retribución justa por sus cosechas y por el contrario tienen que elegir entre aceptar recibir muy poca remuneración o dejar que sus productos se desperdicien y se echen a perder, es por esto que Don Héctor Sánchez nos cuenta que:

La gente más bien no siembra, y lo que siembran es para el mero gasto de la casa, nada más. Siembran plátano, fríjol, yuca, maíz, pero en poquita cantidad, como para el mero sustento de la familia y de pronto para regalarle a algún vecino por ahí que no tenga parcela, y listo, pero eso para sacar a vender eso se volvió en humillación, eso ya no da resultado salir a vender comida porque así se puso prácticamente el país, ya el que produce comida sale a venderla y no le dan con qué pagar los fletes (Comunicación personal, 2022).

El sistema agroindustrial, los terratenientes en la zona y la competencia desleal han llevado a esta comunidad a reforzar esta práctica, que antes era propia de los campesinos, por motivo de la precarización de sus condiciones de vida. La agricultura familiar es una opción al mercado globalizado y capitalista que ha condenado al campo, a nivel mundial, a una condición de pobreza perpetua, y a una condición de desventaja frente a las ciudades. (FAO, 2021) La pérdida de dichas prácticas ancestrales a causa, precisamente, del acogimiento al sistema del capital, representa un riesgo para el ejercicio de la soberanía alimentaria y la preservación del conocimiento.

Los sistemas de producción tradicionales están insertados profundamente en los sistemas culturales y sociales. La producción y el consumo agrario están vinculados con redes locales y familiares de intercambio de productos, semillas, conocimientos y mano de obra que configuran una serie de mecanismos comunitarios de supervivencia, tanto de los grupos humanos como de los ecosistemas. (Sánchez & Villegas, 2015. p.10)

En la vereda las creencias que tienen fundamento en las imposiciones coloniales sobre el campesinado, y que perpetúan su condición de productor, invisibilizando o normalizando la explotación a la que han sido sometidos históricamente, se han encargado de dificultar su pervivencia. El monocultivo del café es un ejemplo de ello, fue instaurado por cooperativas e instituciones de élite, de carácter económico y político, que fueron vendiendo una idea de progreso fundamentada en la exportación de café, al ser más “rentable” que los alimentos propios cultivados por y para la comunidad.

Las producciones de campesinos y pequeños productores de América Latina que tradicionalmente estaban destinadas al autoconsumo o a mercados locales o nacionales, en años

recientes fueron sustituyéndose por productos de exportación impulsados por las grandes corporaciones agroindustriales (García & Wahren, 2016. p. 332).

Al reflexionar sobre su identidad, algunos se reconocen como cafeteros o caficultores antes que como campesinos. Sin importar los inconvenientes que el agronegocio ha traído a su tierra, sigue siendo común que el café sea la principal fuente de ingresos entre esta comunidad campesina, que tiene una considerable extensión de sus terrenos ocupados por este monocultivo. Dicen: “La cooperativa lo trajo”, “El cafetero se acostumbró a la plata”.

Lo que si tiene algo dificultoso es la venta de comida sembrada en el campo, porque hay mucho acaparador en los compradores de productos agrícolas, uno va a una revueltería y ofrece medio bulto de yuca que en este momento está valiendo 4 o 5 mil pesos, cuando más se lo pagan a 1500 [pesos], entonces no paga el transporte (Héctor Sánchez, comunicación personal, 2022).

Esto debido a las inequidades del mercado global acaparador, que ha establecido grandes brechas entre lo rural y lo urbano, generando un dualismo ciudad-campo (Lander, E. 2000. p.211). Como consecuencia de este binarismo, el campesinado poseedor de tierras no muy extensas ha sido empobrecido, al no tener cómo competir frente a la producción a gran escala y al ser jerarquizado según el modelo imperante dentro de su modelo en un rol de inferioridad.

Estos campesinos dicen reconocer que es necesario seguir sembrando sus propios alimentos, mediante la diversificación de cultivos y cultivos enredados en las plantas de café, lo cual es una muestra de que, a pesar de las imposiciones del mercado, la comunidad continúa generando formas de vida propias que les garanticen su sustento y alimentos.

Las poblaciones colonizadas fueron reducidas a ser campesinas e iletradas. En el contexto de la colonialidad del poder, las poblaciones dominadas de todas las nuevas identidades fueron también sometidas a la hegemonía del eurocentrismo como manera de producir y de controlar las relaciones intersubjetivas, el imaginario, la memoria social y el conocimiento (Quijano, A. 2015. p.7)

Por lo anterior se entiende que las formas de vida campesinas, sus métodos de siembra y producción de alimentos están en oposición al poder hegemónico eurocentrista. Cultivar los alimentos propios reivindica la soberanía alimentaria de la comunidad de la vereda el Yarumo y se convierte en un mecanismo de resistencia que les permite fortalecer la agricultura familiar y vecinal, los lazos comunitarios y su sistema alimentario mediante el intercambio de las cosechas. Así mismo, aporta al medio ambiente y la naturaleza, pues el proceso consciente desde el cultivo hasta el consumo de los alimentos es un ciclo benéfico constante que relaciona la tierra, el agua, los recursos naturales, la fauna y la flora.

De la misma manera, los campesinos y campesinas le dan una gran importancia a la siembra de manera orgánica, sin “venenos”, libre de químicos; lo cual es algo beneficioso tanto para la salud humana como para el cuidado de la tierra, además que la misma naturaleza proporciona la mayoría de los medios para sembrar. Así la Soberanía Alimentaria tiene que ver también con la biodiversidad en los territorios y el mantenimiento de otras formas de vida, de ahí la necesidad de comprender la importancia de cuidar las aguas, las plantas, los árboles, la tierra, la fauna, la flora, el ecosistema, lo cual no sólo permite la supervivencia del campesinado sino de la vida en su integralidad (Conda et al., 2018, p. 64)

Para el campesinado, cultivar sin venenos, también se relaciona con comer bien, pues para ellos “La causa del hambre hoy son los venenos de los terratenientes [...] Se visten como astronautas para poder aplicar ese veneno, de lo tóxico que es” (Héctor Sánchez, 2022).

Así mismo, alimentarse con sus propias cosechas no consiste meramente en satisfacer la necesidad del alimento, sino que incluye la conservación de una serie de prácticas ancestrales y relaciones entre la familia y la comunidad, en las que se comparten saberes, insumos (fabricados por ellos mismos) y el excedente se distribuye a nivel local, sin intermediarios o políticas de comercio injustas, pues precisamente la soberanía alimentaria tiene que ver con la garantía de condiciones para el comercio equitativo.

La soberanía alimentaria permite reconocer a los pueblos la seguridad alimentaria, al mismo tiempo que intercambian con otras regiones unas producciones específicas que constituyen la

diversidad de nuestro planeta. También exige un comercio internacional justo y propone que en un ámbito de igualdad de los países y bajo el auspicio de la ONU, los intercambios comerciales sean dotados de un nuevo marco en el que las políticas agrícolas apoyen una agricultura campesina sostenible en el Norte y en el Sur y garanticen el derecho a la alimentación de la población, preserven el medio ambiente y estén protegidas contra el dumping. (Arias, 2009).

En la vereda el Yarumo, se encuentran vigentes prácticas agroecológicas que fortalecen el ejercicio del derecho a la soberanía alimentaria por parte del campesinado y que es necesario que se mantengan en el tiempo, como lo son la diversificación de cultivos, o cultivos enredados, en este caso, de habichuela, cargamanto y frijol urraeño, además de maíz, yuca, aguacate, plátano y frutas, junto con cebolla de rama, tomate pajarito o “tomate de los pobres”, cilantro y algunas plantas aromáticas o medicinales como hierba buena, albahaca, cidrón, llantén, malva, rosa amarilla, sábila, entre otras, todos para el consumo de la familia, “toda fruta (semilla) que se usa en la casa se siembra”. (Héctor Sánchez, 2022), es decir, todos los recursos son aprovechables, por ejemplo, para la elaboración del abono orgánico o compost, que se prepara con tierra, gallinaza, cáscaras de plátano, de frutas y todos los desechos que se puedan aprovechar.

Como se ha revisado, no resulta fácil en estos tiempos apostar por los sistemas agrícolas agroecológicos con los suelos sumamente afectados y el desconocimiento de otras alternativas. Si bien el campesinado del Yarumo lleva a cabo prácticas que podrían ser entendidas como contrarias al sistema capitalista dominante, este es el resultado de la precarización de las condiciones de vida en su territorio, que los ha forzado a “echar mano” de conocimientos que se estaban dejando perder, organizándose como comunidad para velar todos por todos.

Es de considerar que la afectación de los suelos es casi siempre reversible y que el momento de parar el daño es ahora. La recuperación de los suelos trae resultados muy positivos y que van acordes a los derechos de los campesinos y campesinas, como son el retorno de la biodiversidad, una mayor riqueza nutricional de los suelos y consecuentemente de los productos agrícolas, y la limpieza de las fuentes hídricas (Ordóñez, 2011. p, 42).

La agricultura familiar agroecológica se constituye entonces como la alternativa para estas comunidades.

Por último, se enuncia que la lucha que esta comunidad campesina debe librar es aquella por la justicia alimentaria, el equilibrio con la tierra y el medio ambiente, el reconocimiento de su identidad y la conservación de sus saberes ancestrales, todo esto se encuentra de acuerdo con su ejercicio del derecho a la soberanía alimentaria.

9 Capítulo III

Trabajo Social Comunitario Intercultural y Decolonial.

Figura 12

Compartir en el sancocho comunitario



Nota: Fotografía tomada por Carolina Restrepo, 2022.

9.1. Trabajo Social Comunitario

El trabajo social es un campo de estudio que, como lo dice Ander-Egg (1994), encuentra sus raíces en la sociedad desde la antigüedad, cuando prácticas como la caridad y la misericordia, *la ayuda al prójimo y al más pobre o necesitado*, solían tener énfasis religiosos, culturales o místicos. Estas formas de asistencia dieron lugar a los precursores asistencialistas que abrieron el camino para que existiera después de algunos años y con la tecnificación, lo que conocemos como el servicio social. También que éste se profesionalizara y lograra ser mucho más estructurado con sustentos epistemológicos, metodológicos y éticos. Por otra parte, la intervención en el nivel comunitario fue considerado uno de los tres métodos de intervención clásicos en Trabajo Social, junto con el de individuo y grupo, y ha sido nombrado de distintas formas a lo largo de la historia:

Desarrollo Comunitario, Organización de la Comunidad, Intervención Comunitaria, entre otras (Herranz & Nadal, 2001, p.19).

Según Herranz & Nadal (2001), como método especializado del Trabajo Social surge en Estados Unidos en la década de los años 40, coincidiendo con la invasión colonialista en Latinoamérica y algo más tarde, con el propósito de ayudar a los países europeos aliados que habían sufrido las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. (p.34)

Como afirma Sarasola et al., (2019), “este método ha estado influenciado por el Estado de Bienestar y sus antecedentes: la etapa de la caridad, la etapa de la beneficencia pública y la etapa de la asistencia social” (p.83), pero a medida que la sociedad ha ido evolucionando y cambiando, así mismo el método del TSC ha tenido que ir planteando nuevas perspectivas y formas de abordar a las comunidades en medio de su diversidad y sus tensiones con un Estado cada vez más neoliberal.

El surgimiento del Trabajo Social Comunitario como método se ha fundamentado sobre la base de políticas de desarrollo. En palabras de Seller (2004)

El Trabajo Social Comunitario orientado al desarrollo humano, enfatiza [en] las fuerzas, las capacidades y los recursos de las personas, las familias, los grupos y las comunidades para desarrollar todas sus potencialidades y generar mecanismos personales, institucionales y ambientales de prevención y resolución de situaciones de dificultad. (p.108)

Es por esto por lo que, desde sus inicios ha tenido una función planificadora e intermediaria entre las comunidades y las instituciones, a través de proyectos desde directrices gubernamentales o privadas para resolver necesidades u obtención de recursos, utilizando una metodología lineal compuesta por los momentos de *estudio, diagnóstico, planeación, ejecución y evaluación*.

El Trabajo Social Comunitario surgió no sólo como metodología o estrategia de intervención social llevada a cabo por los trabajadores sociales, sino también como parte de una política global orientada a los ámbitos rural y urbano que ha sido criticada por sus intenciones coloniales y tecnológicas. Los organismos y potencias mundiales han cumplido un papel importante al instaurar y promover el desarrollo comunitario como parte del discurso del desarrollo económico y forma de perpetuar el colonialismo por medio de la búsqueda del supuesto progreso de los países periféricos. En razón de esto, Gómez Hernández (2008) enuncia que

Estados Unidos fue pionero en cuanto a la implementación de esta estrategia de control social, pero fueron diversos los organismos internacionales que siguieron el ejemplo, entre estos “las Naciones Unidas, el BID y el Banco Mundial para América Latina” dicha perspectiva fue ampliamente compartida por los gobiernos latinoamericanos en la Alianza para el progreso (p.532).

Son múltiples las críticas desde el trabajo social latinoamericano que, cuestionan el papel instrumentalizado que jugó la profesión en la implementación de la Alianza para el Progreso. dado que los trabajadores sociales en colaboración con otros profesionales para el abordaje de la cuestión social. Estas críticas posibilitaron según Duarte Hidalgo (2017)

Trabajos de alfabetización de la población adulta, soporte al campesinado; formación de líderes y apoyo a mujeres. Sin embargo, el desarrollo de la comunidad también implicaba el manejo de las poblaciones más pobres con el fin de mitigar su descontento, dejar de lado lo rural, lo subdesarrollado, aceptando la civilidad; es decir, se requería un contingente de profesionales que propagase los beneficios de la adaptación al desarrollo que promulgaban los organismos internacionales (p.173).

No obstante, el Trabajo Social y el discurso de *desarrollo* de la comunidad continuaron siendo utilizados casi que simultáneamente por los organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS), la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) entre otros, para promover e implementar proyectos de asistencia técnica y económica que según ellos *garantizarían el desarrollo* desconociendo los contextos propios Latino americanos.

Es a partir de diferentes situaciones de mitad del siglo XX que el Trabajo Social sucumbe a las directrices internacionales que generalizan y desconocen contextos y saberes locales y comunitarios. Es por esto que surge el movimiento crítico de la reconceptualización en las décadas de los sesenta y setenta en América Latina como afirma Duarte Hidalgo (2017) al decir lo siguiente

De ahí, las voces críticas que se alzaron en las décadas de los sesenta y setenta en América Latina a la implementación de este enfoque, observando en él un interés neocolonizador y dominador, denunciando una ideología implícita que buscaba el control de la población y la limitación de la capacitación de agencia a través de sus postulados (p.175)

En tal sentido, la reconceptualización del Trabajo Social clásico incluido en su método comunitario se deberá a varios factores, incluyendo en primera instancia los cambios sociales y políticos ya que la sociedad y el mundo político experimentaron grandes movimientos en las décadas de 1960 y 1970, incluyendo los de derechos civiles, feministas y de liberación de la opresión que, cuestionaron la naturaleza tradicional del poder y la estructura social y exigieron una mayor justicia social. Como segundo asunto, las críticas al enfoque asistencialista porque el trabajo social clásico se había centrado en brindar ayuda y apoyo a las personas en necesidad, pero este abordaje se cuestionó por no abordar las causas subyacentes de los problemas sociales y por perpetuar la dependencia de los sujetos.

La reconceptualización fue un acontecimiento importante en la configuración histórica de Trabajo Social, ya que representó un cambio epistémico, ético, político y metodológico para la profesión, a la vez produjo una ruptura con el modelo e ideal norteamericano de imponerse a sociedades diferentes a la propia, esto nos permitió a nivel profesional romper con la cadena de reproducción de tradiciones dominantes y asumir un rol protagónico al salvar nuestra voz y conocimientos, para generar modos propios de formación desde una realidad propia. (Kisnerman, 1998. p.55).

Aunque la reconceptualización jugó un papel importante para el surgimiento y consolidación de las posturas críticas Latino Americanas, es pertinente mencionar que ya existían esfuerzos que buscaban contribuir a la descolonización del Trabajo Social, sobre todo desde el campo del saber en la formación. Pues desde entonces ya existían movimientos teóricos y políticos como los feminismos, el posestructuralismos, la poscolonialidad y la decolonialidad que interrogaban los marcos de referencia hegemónico.

Con los años se van consolidando como nuevos enfoques teóricos, sociales y políticas que como la teoría crítica y la teoría feminista emergen como la opción decolonial para cuestionar el

poder en la estructura social, en la naturaleza, en las subjetividades, los géneros y demás con otros énfasis críticos. Entre estas nuevas posturas Boaventura de Sousa Santos (2010), propone las epistemologías del sur que empiezan a considerar elementos como interculturalidad, la poscolonialidad y la decolonialidad.

Entre estas corrientes teóricas que emergieron y rompieron con esa lógica positivista para proponer otras formas académicas de abordar la realidad, para movilizar sujetos y generar cambios se entiende la decolonialidad como:

Una corriente crítica desde América Latina y el Caribe, que comprende la necesidad de reconocer y aprender de otros modos de vida, diferentes al socialmente establecido, identificando y visibilizando las materialidades y subjetividades que se construyen ampliamente en la cotidianidad, pero que son acusadas como formas de vida atrasadas, incivilizadas, a-normalizadas si se quiere, subdesarrolladas, premodernas, o socialmente no aceptadas. Dicho de otro modo, sistemas de vida que no han alcanzado la modernidad y que deben ser redimidas a través de todo el aparataje institucional y burocrático con el que dispone el modelo social hegemónico. (Gómez Hernández, et al 2020 p.78)

Ahora bien, en tanto que la comunidad y lo comunitario son un motor de cambio. “Hoy pensar en términos comunitarios supone traspasar el individualismo, la fragmentación y las dicotomías sociales. Pensar y trabajar comunitariamente es un motor ideológico de transformación social, de abordar los problemas socialmente, de reforzar la participación de los interesados en la toma de decisiones profesionales y de reforzar la democracia.” (Eito & Gómez, 2013, p.14).

Su práctica compromete entonces al Trabajador Social a realizar un reconocimiento preciso de las necesidades, intereses y preferencias que la comunidad tenga, de manera que las soluciones planteadas lleguen a cumplir su cometido, evitando la especulación. La comunidad misma es la conocedora de sus dinámicas y sus dificultades, por lo que permitir espacios guiados por el profesional donde se logren consensos en cuanto a sus intereses, se constituye en un método inicial en los procesos de intervención de comunidades (Seller, 2004).

Precisamente porque en el ejercicio del Trabajo Social Comunitario se genera un movimiento colectivo, desde la motivación profesional, es que se orienta hacia la promoción de la

transformación y el fortalecimiento de las comunidades a través del equilibrio entre sus diversas percepciones e intereses, respetando las diversidades. El o la trabajadora social puede entonces enfocarse en ser el medio por el cual se llega directamente a la solución buscada, o puede hacerlo en brindar herramientas, conocimientos y estrategias, que permitan a las personas, por medio de sus propias capacidades y su autonomía, llegar a la solución o cambio de la situación.

Al respecto Seller, (2004) menciona que en el ejercicio del TSC se genera un movimiento colectivo, desde la motivación profesional, que se orienta hacia la promoción de la transformación y el fortalecimiento de las comunidades a través del equilibrio entre sus diversas percepciones e intereses, respetando las diversidades. El trabajador social puede entonces enfocarse en ser el medio por el cual se llega directamente a la solución buscada, o puede hacerlo en brindar herramientas, conocimientos y estrategias, que permitan a las personas, por medio de sus capacidades intrínsecas y su autonomía, llegar a la solución o cambio de la situación, en tal sentido:

Esta última perspectiva implica considerar al sujeto, con capacidades y potencialidades para resolver las dificultades propias y las de su entorno, situándose el trabajador social no como agente principal sino como sujeto activo que favorece transacciones humanas valiosas, orientadas a la autonomía de la persona y al desarrollo humano (p.107).

Al Trabajo Social Comunitario también le compete generar comprensiones más amplias sobre las condiciones económicas de las comunidades. Hasta ahora de esta ha dependido la alimentación de las personas. El crecimiento económico y poblacional acelerados, la modernización tecnológica, entre otros, han empeorado la desigualdad en la distribución de recursos, que empeora año tras año, y que es un aspecto susceptible de ser mejorado:

De los aprendizajes con el campesinado del Yarumo se puede decir que. “al Trabajo Social con enfoque comunitario le corresponde la necesidad de incluir mejoras en la distribución de los ingresos y, para ello, es también importante tener en cuenta los aspectos que hacen a las relaciones sociales primarias de las personas, así como el respeto de sus costumbres” (Ramos, 2000, p. 203). Le corresponde al TSC y al Trabajo Social en general, desligarse como profesión de las imposiciones de lógicas capitalistas, coloniales y neoliberales, que se encuentran en camino de ahondar la precarización de la alimentación, especialmente en la ruralidad, y de perpetuar la

dualidad del campo y la ciudad. Como sujetos políticos tenemos el deber de aportar en las luchas de las comunidades, sin dejar pasar por alto aquello que resulta antagónico al quehacer profesional. Así, de acuerdo con lo expresado por Jarpa (2020) se podrá hacer de la intervención comunitaria algo significativo, logrando recuperar la identidad y la memoria de las comunidades ancestrales, resignificando el "ser campesinos". Este, según la autora, sería un trabajo social ético-político.

9.1.1 Aportes al trabajo social comunitario intercultural y decolonial

Es importante también tener en cuenta las contribuciones que se han venido haciendo desde lo intercultural y decolonial a la profesión desde autores que vienen teorizando y proponiendo desde esta perspectiva en escenarios sociales emergentes que requieren la comprensión de nuevas realidades.

Apropiarnos de estos aportes, implica deconstruir el carácter funcional de la profesión y dejar de reproducir prácticas coloniales en las comunidades en las que incidimos, retomando posturas críticas latinoamericanas y contextualizando nuestro accionar de acuerdo con nuestras diversidades culturales propias:

El problema de asumir perspectivas y modelos de intervención producidos en países desarrollados (y transferidos como marcos de referencia universales para un trabajo social también universal) radica en que estas son elaboraciones geopolíticamente construidas, y en ese sentido, responden a los ideales occidentales, eurocéntricos y capitalistas propios de las sociedades que las hacen emerger. (Muñoz, G. 2015.p,7).

Es entonces como para proponer un trabajo social comunitario intercultural y decolonial, en primer lugar, debemos cuestionar las formas en que la profesión ha venido construyendo el conocimiento, y si bien, no podemos desconocer el surgimiento de la profesionalización desde cimientos conservadores, también hay que adaptar la actuación profesional a nuestros propios contextos, plurales y diversos.

A nivel teórico y epistemológico según Muñoz, G. (2015), el estudio de caso (individuo) ha sido enemigo irreconciliable el método de comunidad, y esto tiene que ver con las concepciones

individualistas que se tienen de los sujetos en países norteamericanos y europeos, afirmando que “Claramente esta caricatura del trabajo social de caso en tanto quehacer conservador-funcional, está relacionada con la lógica individual que es parte del ethos cultural de muchos países europeos y angloamericanos” (p.7)

De allí la importancia de continuar construyendo un trabajo social que resista ante las imposiciones coloniales, y una forma de hacerlo es haciendo teoría propia desde los conocimientos de las comunidades y empleando metodologías que rompan con moldes individualistas, funcionalistas y modernizadores. Para ello, como afirma Díaz et al., (2014), se requiere una perspectiva de la profesión que apunte a la “transformación social y a la producción de conocimiento teórico-práctico, articulando cosmovisiones, saberes científicos y locales, valorando la diversidad étnica y sociocultural, a través de una relación ético-dialógica con los actores sociales” (p.46)

La transformación social que es uno de los principios de la profesión, se da precisamente desde el intercambio de saberes e interculturalidad, pues no pueden darse relaciones horizontales si una comunidad es inferior a otra de acuerdo con jerarquías coloniales impuestas, como sucede con las comunidades campesinas, que históricamente han sido jerarquizadas en una posición de inferioridad respecto al mundo moderno.

Es por esto que desde el TSC intercultural y decolonial, se han venido generando saberes desde las voces de distintas comunidades indígenas, afro, campesinas, y grupos diversos, superando la tendencia tradicional a trabajar solo con el individuo, para ampliar la mirada a otros escenarios socioculturales, que actualmente exigen visibilización y respeto por sus costumbres, formas de pensar diversas y su ancestralidad.

El TSC intercultural y decolonial cumple un papel fundamental, al demostrar que el ejercicio profesional con comunidades incorpora al individuo, pero también a los grupos diversos, la familia, la escuela, y demás entornos sociales en los que se relaciona el sujeto, sin fragmentar, individualizar o jerarquizar, como si las problemáticas sociales fueran casos aislados y no el resultado de diversas interacciones.

La interculturalidad propone una aproximación mutua, es decir, invita a romper con estas relaciones jerárquicas y desiguales, en donde los pueblos o culturas minorizadas son las que

deben aproximarse a la adaptación a modelos económico-políticos hegemónicos. Nuestra apuesta por una relación invita a la vez a un diálogo. (Rain & Muñoz. 2019. p, 171)

El TSC intercultural y decolonial, se encuentra entonces en constante tensión con un Estado neoliberal que trata de homogeneizar a las comunidades, y de otorgar derechos por igual desde el discurso de la *inclusión*, sin reconocer las particularidades y cosmovisiones de los territorios. El TSC intercultural y decolonial actúa como un actor político que promueve el diálogo intercultural, entendiendo que la institucionalidad también debe ser transformada y que se requieren nuevas pedagogías para el reconocimiento de la *otredad* y la consolidación de relaciones sociales solidarias y recíprocas en contraposición a las lógicas individualistas de la globalización y el neoliberalismo. Así mismo, la profesión se encuentra en consonancia con los movimientos sociales que han venido gestando las comunidades a lo largo de la historia, como un instrumento político en favor de la democracia y sociedades más justas y equitativas.

El trabajo con la comunidad constituye un desafío importante en tanto su posibilidad de vinculación con los movimientos sociales y diversas organizaciones de la sociedad civil que profundicen las prácticas de participación directa y de representación para afianzar las bases de la democracia y la defensa de los derechos humanos. (Pagaza, 1995.p.5)

Para finalizar con este apartado queremos recordar el planteamiento que hizo José Martí de la idea de Nuestramérica, que surge como una opción de unidad dentro de la pluralidad, para que los pueblos latinoamericanos unidos combatan el imperialismo y el colonialismo, que serían según el autor las causas de las principales problemáticas que los aquejan. En palabras de Vélez & Mellizo (2020) por medio de la educación popular y de la integración de sus conocimientos ancestrales con aquellos nuevos, que surgen gracias a la investigación y a la academia, será como los pueblos podrán llegar a tener soberanía intelectual, alimentaria y política.

9.2 Trabajo Social Comunitario con campesinado

Retomando las indicaciones del apartado anterior el TSC desde sus dimensiones epistemológica, teórica, metodológica y ética ha intentado comprender y explicar la realidad social para intervenir en medio de las tensiones y complejidades de las relaciones sociales que constantemente están en una lucha de poderes.

En la era de la globalización y de la llamada crisis de la modernidad, la intervención en lo social se viene hoy reformulando por parte de las diferentes profesiones y disciplinas, sobre la base de la existencia de nuevos contextos, nuevos escenarios, nuevos y complejas problemáticas sociales. (Estrada, 2011, p. 4.)

En este contexto, el campesinado y las comunidades rurales no están exentas de los efectos nefastos de la globalización y los nuevos referentes de vida modernos impuestos desde el poder hegemónico. De la misma manera, las comunidades campesinas se han visto vulneradas por el capitalismo y su expansionismo constante a costa del acaparamiento de tierras, junto con otras problemáticas que atentan contra la vida digna en el campo y sobretodo contra la naturaleza. Por otro lado, el campesinado se ha enfrentado a múltiples despojos, no solo a nivel espacial, sino también a nivel humano y simbólico. Tanto así que lo rural está condicionado por múltiples imaginarios que han marcado profundamente las maneras en las que se intervienen y aprovechan los territorios, sin darles la oportunidad de poseer su propia voz y de orientar con conciencia propia el modo en que han de emplear sus capacidades, en pro de un desarrollo autónomo, contextualizado, satisfactorio y adecuado a sus necesidades más específicas y a su cultura (Sandoval et al., 2019).

En esa dirección, el Trabajo Social Comunitario ha venido interviniendo en las comunidades campesinas con el fin de mitigar los efectos que el sistema capitalista y el discurso del desarrollo han dejado en la ruralidad, sin embargo, es preciso enunciar en este apartado, algunos elementos en torno a la relación profesional con el campesinado, para aproximarnos a asuntos disciplinares que deben ser importantes en el abordaje de las comunidades campesinas.

9.2.1 Dimensión epistemológica

Cuando aludimos al TSC con campesinado nos enfrentamos a una debilidad profesional alrededor del quehacer y la implicación que el TS ha tenido con este campo, inicialmente según la Trabajadora Social Erika Uribe es un área de poca mención en la profesión ya que los procesos académicos poco ahondan en ella, hay una necesidad de que la universidad mire hacia afuera y es necesario interactuar más con este tipo de comunidad de manera que pueda generar conocimientos situados de lo que se hace o lo que puede hacer un trabajador/a social con campesinos/as (Comunicación Personal, 2023)

Desde la formación académica se ha venido dando una fragmentación del saber, en donde lo comunitario se centra en fundamentaciones del *empowerment* o empoderamiento a las comunidades, lo que genera de entrada una relación desigual en donde el profesional es quien tiene el poder y por ende debe enseñar a las comunidades cómo actuar para tener mejores condiciones de vida.

Es por lo anterior que el TSC requiere ampliar su mirada frente al trabajo con campesinado, desde la construcción conjunta de alternativas posibles, el diálogo de saberes e intersubjetividades, de manera que desde la profesión se acompañen y orienten los procesos, entendiendo que son las comunidades mismas quienes conocen a profundidad sus territorios, sus necesidades, formas de relacionarse e historicidad, y son, finalmente, quienes han construido su tejido social, en el cual no se debe intervenir de forma alguna si se desconocen su cultura y tradiciones.

De esta manera, menciona la Trabajadora Social Erica Uribe que desde trabajo social se debe replantear la importancia de visibilizar, concientizar, reconocer y estudiar lo que significa el campesinado, sus prácticas, sus tradiciones, sus proyectos de vida, su subjetividad, porque que hay unas grandes falencias con el fin de proponer espacios académicos, profesionales y comunitarios que se gesten desde el diálogo horizontal, acatando la relevancia y validez de cada conocimiento, alejando los estigmas que suelen minimizar los saberes que no son propios de la academia, en este caso, desde el TSC hacer este reconocimiento y validación a los saberes ancestrales y propios de las comunidades campesinas y fortalecer la construcción colectiva de estrategias. (Comunicación personal, entrevista, 2023)

Es así como el trabajo social se encuentra hoy ante desafíos que impulsan a cambiar las perspectivas funcionalistas, desarrollistas y paternalistas con las que se ha intervenido en las comunidades campesinas, pues, ante el predominio de lo urbano, dichas comunidades son invisibilizadas, marginadas y vistas como *atrasadas*. Los distintos procesos han querido embarcarse en el desarrollo, comprendido nada más que desde lo económico y el consumo. Por eso, es necesario principalmente despojarnos de esta visión reduccionista y precaria del mundo rural, comprenderlo con sus costumbres propias, formas de estar, vivir y relacionarse con su entorno.

La intervención pensada desde TSC con campesinado requiere de otros aspectos necesarios para el mejor vivir en los territorios, en favor de aquellos quienes los habitan, como son las estrategias de investigación e intervención que apunten al fortalecimiento de las potencialidades desde lo endógeno, es decir, que comprendan lo que es propio en las comunidades y reconozcan las dimensiones del contexto, sus características sociales, culturales y no solo aquellas económicas.

Otro asunto importante a nivel epistemológico es resignificar los saberes y sentires de los pueblos rurales a través de acciones concretas, para seguir apostando a la dignificación de sus formas de vida, sin olvidar nunca la ancestralidad de sus dinámicas, sino más bien comprendiendo y poniendo en discusión con los nuevos conocimientos, son parte necesaria del camino a la soberanía alimentaria y los sentidos comunitarios. Cada comunidad posee particularidades que la posicionan en su contexto.

Un análisis holístico que parta desde una fundamentación conceptual y metodológica conlleva a una intervención contextualizada, intencionada, coherente y acorde, que permitiría determinar los cambios que se dan en el entorno y en las condiciones que resultan las interacciones humanas que allí se dan. De esta manera, poder generar condiciones efectivas hacia la superación de diferentes inequidades que se presentan en las comunidades campesinas (Quijano, C. & Linares, J. 2022).

Para que esto sea posible, es necesario desde la profesión repensar nuestra fundamentación epistemológica y superar la fragmentación o compartimentación del saber que ocurre en la

academia, puntualmente en el trabajo social, donde lo comunitario está desvinculado de los demás grupos sociales, olvidando los principios de diversidad e interculturalidad que son tan potentes en la profesión.

Ello requiere que se promueva la participación del campesinado, y se propicien espacios que le permita generar aportes en la construcción y ejecución de políticas públicas, planes, programas y proyectos, con el objetivo de afianzar su papel de actores sociales y políticos, al igual que cualquier colombiano, promoviendo que “Contribuyan a la ejecución de políticas públicas que salden la deuda histórica que les ha marginado y que aporten a la democratización de las familias y las comunidades. (Sandoval et al., 2019, p. 35)

9.2.2 Dimensión teórica

El trabajo social ha estado influenciado desde sus inicios por distintas disciplinas de las como la historia, sociología, antropología, psicología, teorías ecológicas, y de sistemas humanos, debido a la complejidad de los fenómenos sociales, la profesión ha retomado teorías de diferentes ramas del conocimiento para lograr una comprensión más amplia de éstos y su evolución.

Esto ha acarreado críticas frente a las formas en que el Trabajo Social se ha relacionado con el conocimiento, cuestionando la capacidad propia para hacer teoría. En el caso de América Latina, la crítica ha sido por el abordaje de teorías de Estados Unidos y Europa en contextos donde éstas no tienen aplicabilidad y atentan contra la diversidad de los territorios.

La influencia colonial de las teorías del Trabajo Social, norteamericanas y europeas, en países subdesarrollados, han hecho creer que las técnicas adecuadas a estos países del Primer Mundo pueden ser transferidas a otras culturas completamente diferentes, generando controversias significativas acerca de su aplicabilidad en la praxis social de países del Tercer Mundo. (González et al., p.39)

La profesión ha ido cambiando en el tiempo a nivel teórico, según González et al., (2018) en una etapa inicial de corte asistencial el énfasis disciplinar fue la filantropía y la caridad. En la etapa de profesionalización con enfoque más funcionalista la intervención se centraba en la

estabilidad, cohesión social y crecimiento humano, luego en la etapa de reconceptualización surgen varias corrientes, de corte desarrollista en búsqueda de la equidad, empleo y progreso, y la corriente crítica que enfrenta problemáticas estructurales como la opresión, dominación de clases, y estructuras sociales injustas.

Teniendo en cuenta lo anterior, desde la perspectiva intercultural y decolonial del Trabajo Social Comunitario, es importante retomar autores que han venido trabajando por deconstruir los discursos coloniales del conocimiento impuestos, y que han sido de gran contribución para el ejercicio profesional con comunidades diversas. En esa línea, Walter Mignolo y otros autores acuñaron el concepto decolonial para realizar una crítica intelectual, para correr el velo de las discursividades impuestas por la concepción colonial que estructuró y estructura el tratamiento de las ciencias sociales sobre el territorio específico de América Latina. (Silva & Mamonde, 2019).

El sociólogo Ramón Grosfoguel también propone una decolonización de la universalización del pensamiento europeo y su impacto en la cultura, en la raza, la clase y el género que impactaron y permearon las sociedades latinoamericanas. Otros autores como Katherine Walsh, Aníbal Quijano, De Sousa Santos han venido haciendo grandes aportes en términos de la interculturalidad y discursos contrahegemónicos.

Desde el TSC intercultural y decolonial, es importante retomar todas estas posturas teóricas, para adquirir conocimientos universales en torno a la perspectiva intercultural y decolonial, pero situando las reflexiones en los aportes teóricos latinoamericanos, las epistemologías del sur y los saberes ancestrales de las comunidades indígenas, afro, campesinas y las diversidades contemporáneas.

En ese sentido, el campesinado tiene mucho que aportar al TSC intercultural y decolonial, pues los conocimientos que comparten en comunidad y con la academia han ido contribuyendo a comprensiones más amplias de su modo de vida y de sus prácticas para el cuidado de la naturaleza, la conservación de las semillas, la agroecología, sostenibilidad, formas de organizarse, movilizarse y demás, que les han garantizado su permanencia como campesinos.

Es por lo anterior que, una apuesta desde el TSC con campesinado es generar conocimiento y teorías propias desde experiencias con esta comunidad, manteniendo una postura crítica de que el conocimiento no se encuentra solo en la academia sino en el trabajo directo con las comunidades, para visibilizar las acciones colectivas que vienen realizando, aunque esto implique realizar

rupturas con los métodos de enseñanza-aprendizaje establecidos, y cuestionar el statu-quo impuesto.

9.2.3 Dimensión metodológica

Poco a poco se ha quitado importancia a la práctica comunitaria, relegando a un plano nominativo, en las últimas décadas sus bases teóricas, conceptuales y metodológicas se presentan difusas, poco claras y provenientes en su mayoría de otras disciplinas, con una marginal y exigua presencia del trabajo social como refiere (Duarte, 2017, p.163). Además, en el marco de la globalización, las formas de vida en los contextos rurales y las cosmovisiones de las comunidades campesinas, indígenas, afro y quienes habitan el campo, se interponen en el camino de la lógica de la modernidad y el progreso. Parafraseando a Trpin, V. (2005), desde la década de los ochenta se ha dado el proceso de expansión del capitalismo en el mundo conocido como globalización, en tanto se presentan procesos novedosos como la vertiginosa mundialización de los flujos financieros, la cobertura mundial sin precedentes que ha alcanzado el capitalismo y la universalización de una uniformización cultural, han generado grandes impactos y cambios en los espacios rurales.

Lamentablemente, el TSC en muchas ocasiones pierde su objetivo al ser utilizado con fines lucrativos o politiqueros. Por medio de burocracia y complicaciones legales, donde se sobrepone la idea de la elaboración de proyectos (con financiación) por encima de la capacidad del trabajador social de realizar cambios a través de la comprensión y adaptación de las dinámicas propias de la comunidad en cuestión, es que se ha desdibujado el horizonte que se persigue al trabajar con campesinado pues

Se promueven exigencias técnicas y burocráticas que no entienden las realidades locales, comprensión unívoca del mundo rural y del campesinado, proyectos grupales solo para mostrar a las agencias financiadoras mayor número de beneficiarios y no por una intencionalidad real de fortalecimiento de lo colectivo, desconocimiento de la historia local y de las dinámicas regionales y puesta en marcha de proyectos ajenos a las necesidades y aspiraciones de las poblaciones rurales han marcado nuestro accionar profesional en el marco de los llamados proyectos productivos. (Quijano, C. Linares, J. 2022, p. 276)

Es por esto que la dimensión metodológica al trabajar con comunidades campesinas y rurales debe trascender el método lineal del *estudio, diagnóstico, planificación, ejecución, evaluación y sistematización* para llegar a un diálogo intercultural, intersubjetivo y situado de acuerdo con la cultura e identidad de la comunidad, pues como afirman Soliz & Maldonado (2012):

Las mejores herramientas han nacido, se han recreado y se han intercambiado desde los haceres y saberes de las mismas comunidades: las asambleas como espacios en donde se piensa, se decide y se celebra juntos, la memoria de los haceres del pasado, el conocimiento de la relación de todo con todo, el conocimiento colectivo sobre el tiempo, los ciclos de la naturaleza, el uso de las plantas medicinales, la agricultura, las artes de la caza, la pesca y la artesanía, el reconocimiento de los efectos y de las reacciones de la naturaleza, las huellas de la penetración del capitalismo dentro de las comunidades con manifestaciones de competencia, individualismo, corrupción. (p.3)

Pensar la metodología con las comunidades campesinas requiere entonces, pasar de un método lineal a uno espiral donde todos y todas hacen parte del proceso, proponiendo y participando en espacios donde pueden expresarse libremente desde sus formas propias de ser.

Los principios metodológicos que orientan la investigación son: la problematización, el sentipensar, la conversación y la escucha. Esto, porque se quiere trascender la idea de un profesional consumidor de conocimientos de otras disciplinas, para apostarle a la construcción de conocimientos desde los saberes que emergen de la experiencia, desde la praxis profesional. (Gil, A.2020.p,308)

En el caso de las comunidades campesinas, éstas han tenido sus propios métodos y formas de vivir en comunidad y es a partir de allí desde donde la profesión debe promover la construcción conjunta de saberes, saliéndose de los esquemas establecidos a la hora de intervenir o investigar:

Se hace necesaria una construcción colectiva real donde todos aportan y tengan incidencia, por ejemplo las comunidades campesinas privilegian los convites, el trabajo en la huerta, los encuentros en sus fincas, las siembras, etc., entonces será necesario movernos de lugar

y comprender que los procesos participativos no tienen esta connotación únicamente porque cada persona pueda decir unas cuantas palabras, y en muchas ocasiones el quehacer de la profesión deja ver sus heredadas posturas colonizadoras. (Ocampo, M. 2016, p.62)

9.2.4 Dimensión ética

Desde el TSC es importante generar reflexiones de cómo se podría mejorar la vida del campesinado y la reivindicación de sus derechos, aportando en el fortalecimiento del tejido social como un medio para construir los buenos vivires. Es necesario tener empatía, escucha activa, apertura y dinamismo para lograr procesos de cambio eficaces con las comunidades, adoptando una postura crítica en cada acción realizada.

Como resultado del acelerado proceso de expansión económico en el mundo, se ha configurado y normalizado la dualidad entre lo urbano y lo rural, generando una brecha que sin duda ha incrementado la vulnerabilidad de las comunidades campesinas, en ese sentido, debemos cuestionar nuestro papel con el campesinado, ¿estamos favoreciendo las lógicas modernizadoras del campo? ¿Estamos ahondando esta brecha desde nuestros propios prejuicios?, o en palabras de Gómez. E. (2018, p.52) preguntarnos si la ética del bienestar social que ha guiado nuestra intervención es adecuada frente a estos otros sentidos de vida (buen vivir, vivir bien, etc.) signados por lo atrasado, lo desviado y lo incomprensible.

La reflexión estaría puesta en velar por aquellas comunidades invisibilizadas teniendo en cuenta los principios éticos de justicia, respeto, solidaridad y libertad consignadas en el código de ética, así mismo, desde los principios interculturales de respeto por la vida, los territorios, la naturaleza y el encuentro colectivo.

Desde el TSC con campesinado, nos enfrentamos a varios retos que tienen que ver con el fortalecimiento de lo comunal. Es un deber ético-político velar porque en los procesos con comunidades campesinas se logre un diálogo de saberes sin establecer jerarquías ni favorecer relaciones de poder desiguales.

La Trabajadora social Erika Uribe, desde su experiencia con comunidades campesinas afirma que “las prácticas del campesinado que tienen que ver con el modelo de producción afectan la manera de relacionamiento y por ende la manera de hacer comunidad, es allí donde el TSC toma

un papel fundamental, especialmente desde una perspectiva intercultural y decolonial para aportar a que exista realmente una circularidad desde lo común, desde esos asuntos que movilizan y que permiten que cada uno/a teja con la comunidad, se implique, que esté ahí y aportar también reconociendo que ningún conocimiento es más valioso que otro.”

Así mismo, ella nos invita a promover “la generación de diálogos de saberes, de diálogos de experiencias, de diálogos de conocimientos que permitan la construcción colectiva de estrategias, propiciando a su vez espacios de debate, de reflexión, de concientización, de pedagogización incluso del mismo modo de vida campesino, de las mismas prácticas, de revitalización de los saberes, de hacer conciencia de lo potente y político que puede ser la soberanía alimentaria”.(comunicación personal, entrevista, 2023)

Finalmente, uno de los principales desafíos éticos que enfrentamos a nivel profesional pero también personal, es descolonizar el ser, el saber, y el poder, desde las acciones cotidianas, y desde una convicción propia por salvaguardar nuestra cultura y diversidad desde los saberes locales, sin desconocer que la sociedad es compleja y en ella convergen pensamientos distintos, pero esto, en lugar de ser una problemática, puede ser una oportunidad para aprender a vivir desde la interculturalidad.

Los retos éticos del TSC, como diría Gómez. E. (2018)

Nos instan a revisar los valores que fundamentan lo humanístico de la profesión y nuestra propia humanidad expuesta a prejuicios de raza, sexo, estética y clase social. Descolonizar el ser, el saber y el poder nos expone y despoja de muchas certezas, pero también reafirma nuestra identidad como compromiso con quienes han sido negados y excluidos. (p.55)

10 Conclusiones y Recomendaciones

En este trabajo de grado acerca de los sentidos comunitarios del campesinado de la vereda El Yarumo de Armentia, Antioquia, identificamos que en la comunidad continúan vigentes algunas prácticas cotidianas que fortalecen los sentidos de comunidad expresadas mediante el modo de vida que se sostiene en la historia a pesar de un modelo económico imperante que trata de descampesinar y ocultar la identidad campesina.

Estas prácticas comunitarias son a su vez valores que tienen que ver con el trabajo compartido de la tierra en busca de un beneficio común, demuestran que para el campesinado son más importantes los valores aprendidos en su comunidad que la competencia, o la productividad que impone constantemente el mercado, es así como el compartir e intercambiar alimentos, saludar amigablemente, hacerse favores, hacer convites, prestarse herramientas, compartir conocimientos, contar historias, conocerse y reconocerse dentro de la comunidad, entre muchas otras, conforman los sentidos comunitarios que mantienen vivo el espíritu campesino, que les une y hace que sigan existiendo en un mundo moderno que trata continuamente de extinguirlos, oprimirlos y negarlos y en donde prima el individualismo, egoísmo, competitividad y deshumanización de las relaciones sociales.

En relación al ejercicio de la soberanía alimentaria del campesinado de la vereda El Yarumo, la alimentación campesina es comprendida por los habitantes como la actividad de comer lo que da la tierra sin agrotóxicos, es decir, como agricultura familiar y comunitaria saludable. No solo es producir por producir, sino que la siembra va de la mano con la acción de compartir, con el cuidado de la naturaleza y con la conservación de su identidad. Aunque el sistema capitalista ha afectado la soberanía alimentaria de esta comunidad, por ejemplo, por el uso de agroquímicos, acaparamiento de tierras para monocultivos como el del café, comercio desigual, y destrucción de los recursos naturales, el campesinado emplea prácticas contrahegemónicas, como el uso de abonos orgánicos, conservación de las semillas propias, diversificación de cultivos, cuidado de la naturaleza y de la fauna y flora, haciendo que el campo siga siendo un lugar para habitar y no para explotar.

Del mismo modo y como se enuncia a lo largo del trabajo de grado, la soberanía

alimentaria es el derecho del ser humano a elegir qué alimentos sembrar y bajo qué condiciones, estando en armonía con prácticas que permitan la conservación y protección del ambiente y los recursos naturales. En relación con lo anterior, se encuentra que la comunidad campesina está inmersa en el contexto de la globalización que permea a nivel macro y micro las relaciones sociales, políticas, culturales e incluso la relación con la tierra, pero a las dificultades la población resiste y lucha de manera directa o indirecta por medio de prácticas cotidianas que defienden y ejercen la apuesta de la soberanía alimentaria, el permanecer en su territorio y continuar con las costumbres en torno al cuidado de la tierra y al cultivo de alimentos posiciona a las y los campesinos de la vereda el Yarumo de Armenia Antioquia como soberanos de la tierra y poseedores de conocimiento, es de esta manera que se demuestra el rechazo al ideal de lo urbano y una reafirmación de que vale la pena habitar el campo.

Sobre los aportes que las prácticas de soberanía alimentaria hacen a los sentidos comunitarios del campesinado de la vereda El Yarumo, estas son un medio por el cual la comunidad permanece cohesionada, pues mediante la agricultura familiar, el cultivo de la tierra en comunidad y el compartir objetivos comunes en su cotidianidad, los campesinos no solo mejoran sus condiciones alimentarias, sino que sostienen vínculos de reciprocidad y hermandad, lo cual potencia su sentido de pertenencia, su identidad campesina y les moviliza hacia el buen vivir.

Los aportes al Trabajo Social Comunitario con campesinado desde una perspectiva intercultural y decolonial son amplios puesto que el campesinado lucha contra imposiciones coloniales que se afianzan con el neoliberalismo mediante medidas implementadas desde la revolución verde las cuales atentan en contra de su relación con la naturaleza. En contraposición, perduran costumbres de resistencia al individualismo y la destrucción de la tierra, aunque muchas intervenciones favorecen esta perpetuidad en el eslabón social inferior y en la reproducción de prácticas modernizantes que le expulsan del campo.

Desde el TSC con perspectiva intercultural y decolonial se hace apertura a un cambio de percepción entre las comunidades respecto a las imposiciones coloniales, dando paso a reflexiones críticas contrahegemónicas que fortalezcan sus luchas, en orden de que sean autónomos sobre sus sistemas alimentarios y se fortalezcan los diálogos interculturales y de saberes, las luchas colectivas, el fortalecimiento del tejido social y se propicien espacios para la visibilización y concientización del modo de vida campesino.

En síntesis, podemos afirmar que el reconocimiento identitario del campesinado gesta otras opciones de alteridad para abordar desde lo subjetivo hasta lo colectivo, aceptando las diferencias internas y externas. La transformación de las relaciones con la soberanía alimentaria se convierte en un asunto ético y político que fortalece los sentidos comunitarios por medio de la cooperación, solidaridad, diálogo de saberes y una lucha colectiva contrahegemónica que rompe con el sistema de producción capitalista impuesto socialmente, es por ello que para el Trabajo Social Comunitario queda la reflexión sobre la visibilización y concientización del modo de vida campesino, la importancia construir colectivamente, reconociendo que todos los conocimientos y saberes tienen igual relevancia especialmente cuando se habla de comunidad, de esta manera las comunidades fortalecen su tejido social permitiendo que perduren a pesar de las adversidades que el sistema quiera imponer.

A manera de recomendaciones

Las comunidades campesinas ha tenido y sigue teniendo luchas a lo largo de la historia para visibilizar sus saberes y defender sus derechos, sin embargo se considera que es tarea de todos como sociedad tomar conciencia y desligarnos de la lógica actual del consumo, dado que como se menciona en el trabajo de grado el uso los agrotóxicos, la industrialización del campo y legalización de semillas transgénicas no sólo afectan al campesinado ya que estas cuestiones están poniendo en riesgo nuestra salud al igual que vulneran el derecho a una alimentación sana y culturalmente adecuada. En este sentido se hace un llamado a reflexionar y continuar acciones desde lo cotidiano como no realizar sobreexplotación de los recursos naturales, comprar alimentos en los mercados locales para evitar intermediarios, tomar una postura política que nos permita repensar y compartir reflexiones en diferentes ámbitos, para que crezca la conciencia sobre la problemáticas que abarcan la producción de alimentos, los monocultivos, el campesinado y las problemáticas social entrar a estos para generar acciones que reivindiquen la vida en el campo.

A la comunidad del Yarumo, en quienes perduran lazos comunitarios como se mencionó a lo largo del trabajo de grado, decirles que finalmente son los que les garantizan establecer redes de apoyo sólidas en el tiempo, una invitación a fortalecer su organización comunitaria desde liderazgos propios, pues estar organizados es clave para hacer frente a las adversidades que enfrentan como comunidad campesina. Así mismo, motivarles a continuar viviendo bajo sus convicciones y seguir firmes en la decisión diaria de sembrar sus propias semillas, realizar sus

propios abonos y alimentarse de lo que ellos mismos cultivan o comparten, haciendo frente a la dependencia que les ha generado el sistema agroindustrial y apostando por la soberanía alimentaria desde lo individual y colectivo como un camino hacia una sociedad menos desigual. La comunidad está llamada a mantener los vínculos y relaciones que les une, entendiendo que, aunque existen diversas problemáticas en su cotidianidad, mantener los lazos de amistad, vecindad y familiaridad les permite construir redes de apoyo que perduren en el tiempo.

Desde el Trabajo Social Comunitario es importante que se aborden los sentidos de comunidad partiendo de una postura crítica desde la perspectiva intercultural y decolonial en donde las apuestas como la soberanía alimentaria pueden ser una alternativa posible para unir a las comunidades en torno al logro de sus objetivos comunes y del buen vivir mediante valores y prácticas que desobedecen las lógicas capitalistas y del desarrollo, el cual privilegia e incentiva la producción masiva de alimentos en un afán de satisfacer el consumo desenfrenado y acceso desigual de estos. Es por esto que tomar una postura profesional y ética acorde con los principios decoloniales e interculturales debe propender por un trabajo con las comunidades campesinas que apunte a la pervivencia las mismas, la continuidad de sus costumbres, junto con la consolidación y fortalecimiento de las interrelaciones y redes de apoyo dentro de los procesos comunitarios.

Es un reto constante para Trabajo Social reinventar los discursos, teorías y metodologías de intervención para que estos estén acordes a la diversidad de contextos y prácticas culturales que habitan dentro de las comunidades, esto es un camino para decolonizar nuestra profesión y hacer lecturas desde la interculturalidad crítica, lo cual permitirá reconocer otro tipo de saberes más allá de los académicos para que hacer de ámbitos los universitarios un lugar de encuentro de conocimientos múltiples y no un lugar que nos aisle de la realidad.

A nivel académico es necesario descolonizar el ser, el saber, el poder, y superar el determinismo cultural que ha mantenido al campesinado en una posición de minoría, atraso, y marginación. Así mismo, visibilizar a la comunidad campesina desde su historia, sus luchas, y sus apuestas, contribuir en la dignificación del papel del campesinado en la sociedad, mediante la promoción y creación de redes, proyectos, y articulaciones que potencien los vínculos comunitarios, soberanía alimentaria y otras prácticas para el mejoramiento de las condiciones de vida en el campo, sin necesidad de que las comunidades se desplacen de sus lugares de origen.

A nivel estatal, los espacios para la participación, el debate y construcción de acuerdos no necesariamente deben ser proporcionados por la institucionalidad, sino que es posible gestar nuevos liderazgos y espacios de encuentro dentro de la misma comunidad campesina que permitan el diálogo intercultural

Referencias

- Arias, L., & Beatriz, E. (2016). *Saberes locales campesinos sobre el alimento: aportes a la soberanía y la salud mental comunitaria*. Revista de la Universidad Industrial de Santander. Salud, 48(2), 232-239.
- A, Vázquez. J, González. J, Sarasola. (2019). *La importancia del trabajo social comunitario*. AZARBE, *Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*
- Ander-Egg, E. (1994). *Historia del Trabajo Social*. Editorial Lumen.
- Anderson, F. (2018). ¡Soberanía Alimentaria YA ¡Una guía por la Soberanía Alimentaria!
- Bainotti, A., & Gamboa, M. *¿Qué relato histórico construimos como trabajadoras sociales en la ruralidad?* ConCienciaSocial, 3(Especial 2), 91-101. <https://cutt.ly/r8lwpee>
- Conda Cifuentes, O. H., Puerta Henao, P. M., & Martínez Cacante, J. (2018). *Ser del campo: por los caminos de la soberanía alimentaria en San Francisco Antioquia*. Prácticas socioculturales para la soberanía alimentaria de campesinos y campesinas en las veredas El Pajuí y San Isidro del municipio de San Francisco (Ant).
- Cortés Ramírez, H. A. (2020). *Colonialidad del poder/despojo de tierras Una perspectiva espacial de la acumulación y la guerra en Colombia*. 34, 132–160.
- Cueto Urbina, E. (2020). Investigación Cualitativa. *Applied Sciences in Dentistry*.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce. <https://bit.ly/3SAenec>
- Duarte Hidalgo, C. M. (2017). *Trabajo social comunitario: perspectivas teóricas, metodológicas, éticas y políticas* [Tesis Doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.

-
- Espinoza, M. (2021) *Mujeres y tenencia de la tierra*. ONU Hábitat. Por un mejor futuro, urbano.
<https://onuhabitat.org.mx/index.php/mujeres-y-tenencia-de-la-tierra>
- Vargas, V. (2007) *La tenencia de la tierra: un problema en Colombia*. Agencia Prensa Rural:
<https://prensarural.org/spip/spip.php?article1288>
- Estrada-Ospina, V. M. (2011). *Trabajo social, intervención en lo social y nuevos contextos. Prospectiva*. Revista de Trabajo Social e Intervención Social, 21-53.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO]. (2013). *Ley marco derecho a la alimentación, seguridad y soberanía alimentaria. XVIII Asamblea Ordinaria Del Parlamento Latinoamericano*.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO]. (2021). *Legislar para Promover la Agricultura Familiar en América Latina y el Caribe*. Organización de Las Naciones Unidas Para La Alimentación y La Agricultura.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO]. (2022). *Objetivos de desarrollo sostenible*. <https://cutt.ly/O8lqNnZ>
- FIAN Brasil. (2020). *Agrotóxicos en América Latina: Violaciones del derecho a la Alimentación y a la nutrición adecuadas*. <https://fianbrasil.org.br/wp-content/uploads/2021/04/Agrotoxicos-en-America-Latina-Espanol.pdf>
- Fraga, E. (2015) *La comunidad en Walter Mignolo. Cinco dimensiones de un mismo concepto*. Buenos Aires, Argentina. revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 13, núm. 51.
- Fresno, M. Segado, S. López, A. (2014) *Trabajo social con comunidades en el siglo XXI*. Universitas
- Fuentes, L. del C. (2018). *La Religiosidad y la Espiritualidad ¿Son conceptos teóricos*

independientes? *Nº*, 14(1426), 109–119.

Granados, M. S. (2020). *Conceptualización del campesinado en Colombia*: Documento técnico para su definición, caracterización y medición. ICANH. https://vertov14.files.wordpress.com/2021/03/conceptualizacioc81n-del-campesinado_2_web.pdf

Garavito Londoño, J. H., & Palacio Martínez, J. A. (2014). *Cambios en las Prácticas Culturales de los Agricultores del Altiplano Oriente Antioqueño*. <https://cutt.ly/D8k6viO>

Gómez Hernández, E. (2015). Trabajo social decolonial. <https://bit.ly/3XNYCRQ>

Gómez Hernández, et al. Ética intercultural y decolonial de Trabajo Social (2020). En *Ética Intercultural y Decolonial de Trabajo Social*. <https://bit.ly/3kc2uhQ>

Gómez Hernández, E. (2008) *Geopolítica del desarrollo comunitario: reflexiones para trabajo social*

Gómez Hernández, E. (2008). Escenarios contemporáneos de lo social. Una mirada desde el Trabajo Social intercultural y decolonial. *Revista Trabajo Social*, (26-27), 39-56.

González Torres, S. (2020). *Soberanía Alimentaria, una Alternativa para el Reconocimiento de Derechos del Campesinado. La Experiencia de Inzá, Cauca (Colombia)*.

Gordillo, G., & Méndez Jerónimo, O. (2013). *Seguridad y Soberanía Alimentaria (Documento Base para Discusión)*. FAO. <https://www.fao.org/3/ax736s/ax736s.pdf>

Herranz, N. L., & Nadal, E. R. (2001). *Manual para el Trabajo Social Comunitario*. Narcea.

Jarpa-Arriagada, C. G. (2020). Prácticas de resistencia y trabajo social comunitario: forcejeos y tensiones ante las lógicas de dominación del modelo colonial y capitalista. *Revista Eleuthera*, 22(2), 309–326. <https://doi.org/10.17151/eleu.2020.22.2.18>

-
- Kisnerman, N. (1998.). *Pensar el Trabajo Social - Una introducción desde el construccionismo* (2.a ed.). Grupo Editorial Lumen Hvmanitas Buenos Aires – México.
https://www.fhyce.edu.py/wp-content/uploads/2020/08/Pensar_el_Trabajo_social.pdf
- Lander, E. (2000). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. *Perspectivas latinoamericanas*, 145-162.
- Leal L, G., & Malagón B, E. (2006). *Historia del Trabajo Social en Colombia: de la doctrina social de la iglesia al pensamiento complejo**. Trabajo Social (Universidad Nacional de Colombia).
- López Granda, L. E. (2019). Sentidos Otros de Vida. Campesinos y Campesinas en el Contexto Urbano de la Ciudad de Medellín. *Grupo de Investigación Estudios Decoloniales e Interculturales de La Universidad de Antioquia Línea de Profundización En Diversidades Sociales*.
- Lotero Contreras, J., & Hernández Arbeláez, J. E. (1990). *La dimensión regional en la política para la economía campesina: el caso del occidente antioqueño*.
- Macías Reyes, R. (2014). El trabajo sociocultural comunitario. Fundamentos epistemológicos, metodológicos y prácticos para su realización. *Editorial Académica Universitaria*.
<http://edacunob.ult.edu.cu/xmlui/handle/123456789/33>
- Maya Jariego, I. (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes de Psicología*, 22 (2), 187-211. <https://bit.ly/3Z8nmFQ>
- Meza Rivera, G. (2009). Comunidad y Sentido de Comunidad. La intervención del Programa Puente en seis familias en situación de extrema pobreza de la Comuna de La Florida.
<https://cutt.ly/W8k6PGT>
- Mignolo, Walter D. (2008). La opción de-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y

- un caso. *Tabula Rasa*, (8), 243-281. <https://bit.ly/3ILJDL3>
- Millán-Franco, M., Domínguez de la Rosa, L., Hombrados-Mendieta, M. I., Gómez-Jacinto, L., & García-Cid, A. (2019). El sentido de comunidad de los latinoamericanos en Málaga: Múltiples sentidos de comunidad. *Quaderns de psicologia*, 21(3), 002. <https://ddd.uab.cat/record/216415>
- Molina, Luisa Elena. (2002). Reflexiones sobre la situación alimentaria internacional y la seguridad alimentaria. *Agroalimentaria*, 7(15), 75-85. <https://bit.ly/3Eno7m6>
- Molina, J. E. (2021). La revolución verde como revolución tecnocientífica: artificialización de las prácticas agrícolas y sus implicaciones.. *Revista Colombiana de Filosofía de La Ciencia*, 21, 175–204. <https://doi.org/10.18270/rcfc.v21i42.3477>
- Mondragón, H. (2002). La Organización Campesina en un Ambiente de Terror. *Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos*.
- Montaña Mestizo, V. (2016). Etnogénesis, desindigenización y campesinismos. Apuntes para una reflexión teórica del cambio cultural y las relaciones interculturales del pasado. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1), 63–90. <https://cutt.ly/q8lwQcu>
- Murcia, E. I. T. (2010). El sentido del tejido social en la construcción de comunidad. *Polisemia*, 6(10), 9-23. <https://cutt.ly/v8k6VBN>
- Muñoz Arce, G. (2015). Imperialismo profesional y trabajo social en América Latina. *Polis. Revista Latinoamericana*, (40). <https://journals.openedition.org/polis/10812>
- Ordóñez, F. (2011). *La Fundación San Isidro de Duitama, experiencia agroecológica en la región central de Colombia, alternativa al sistema agroalimentario del capital*. Prensarural.Org. <https://prensarural.org/spip/spip.php?article5893>
- Ocampo Bedoya, M. (2016). Saberes y modos de vida campesinos, un acercamiento desde y para

- construir un trabajo social intercultural. <https://bit.ly/3YStD8Q>
- Pagaza, M. R. (1995). El Trabajo Social Comunitario en las actuales relaciones Estado-Sociedad. *Margen: revista de trabajo social y ciencias sociales*, (9), 1. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2882521>
- Parra, J. J., & Vargas, M. E. (2017). Trabajo con comunidades de base como herramienta de cohesión social y desarrollo local. *Trabajo Social N.º, 19*, 159–175.
- Parra-Valencia, L. (2022). Grupalidad Curadora: Descolonialidad en Prácticas Cotidianas Campesinas-Afroindígenas. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 22(3), e2992. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2992>
- Quijano, A. (2015). Colonialidad del poder y subjetividad en América Latina. *Contextualizaciones latinoamericanas*, 2(5). <https://cutt.ly/N8k68li>
- Ramos, C. (2000). Enfoque comunitario, modernidad y posmodernidad. El trabajo social con la comunidad en tiempos de la globalización. *Cuadernos de Trabajo Social*. 8, 185-204.
- Rincón, O., Millán, K., & Rincón, O. (2015). El asunto decolonial: conceptos y debates. *Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt*. www.clacso.edu.ar
- Rodriguez, C. (2022). Misión Armenia Mantequilla 2022. https://prezi.com/p/y0c9ykosbn_4/mision-armenia/
- Sánchez, G. P. Z., & Villegas, L. A. R. (2015). Uso, manejo y conservación de la agrobiodiversidad por comunidades campesinas afrocolombianas en el municipio de Nuquí, Colombia. *Etnobiología*, 13(3), 5-18. <https://cutt.ly/I8k66jL>
- Sandoval Maldonado, Angelica; Fandiño Rangel, Tatiana; Buitrago Ramírez, Keller. (2019). Saberes de acción del trabajo social en la intervención profesional con familias en contextos

- rurales, del municipio de Yopal Casanare durante el año 2019. Universidad de La Salle.
- Seller, E. (2001). Iniciativa social y trabajo social comunitario. Alicante, España. Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social. N. 9
- Seller, E. (2004). La participación ciudadana en el ámbito local, eje transversal del trabajo social comunitario. Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social.
- Semillas, G. (s. f.). Red de Semillas Libres de Colombia. sitio Web Semillas.org.co. <https://semillas.org.co/es/campanas/red-de-semillas-libres-de-colombia>
- Seller, E. (2001). Iniciativa social y trabajo social comunitario. Alicante, España. Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social. N. 9
- Seller, E. (2004). La participación ciudadana en el ámbito local, eje transversal del trabajo social comunitario. Alicante, España. Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social.
- Soliz Torres, M. F., & Maldonado, A. (2012). Guía de metodologías comunitarias participativas: Guía No. 5.
- Suaza, F. C., & VEGA, N. D. L. R. (2000). Intervención integral para el desarrollo en el medio rural. *Psychosocial Intervention*, 9(2), 155-168 63244.pdf (copmadrid.org)
- Tobón Zapata, C. Y., Arango Giraldo, N. C., Velásquez Blandón A. M., (2021). Saberes y prácticas de soberanía alimentaria, energética y económica en Antioquia: aprendizajes de la experiencia organizativa de la RedBioCol Nodo Antioquia para el Buen Vivir en el marco de la Pandemia del COVID - 19 [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Tolvett, M. Z. P. (2017). Acerca de sentido de comunidad, ocupaciones colectivas y bienestar/malestar psicosocial. con jóvenes transgresores de territorios populares (Doctoral

- dissertation, Universitat de Vic-Universitat Central de Catalunya) <https://bit.ly/3kiMOcD>
- Trpin, V. (2005). El desarrollo rural ante la nueva ruralidad: algunos aportes desde los métodos cualitativos. <https://cutt.ly/68lqy8G>
- Vargas-Reina, J. (2010). Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia. *Estudios Socio-Jurídicos*, 12(2), 381–387. <https://cutt.ly/f8lqp06>
- Vargas, V. (2007). La tenencia de la tierra: un problema en Colombia. <https://prensarural.org/spip/spip.php?article1288>
- Vélez Villafañe, G., & Mellizo Rojas, W. H. (2020). Notas sobre el Trabajo Social comunitario en clave decolonial. *Revista Trabajo Social*, 31–32, 20–47. <https://cutt.ly/R8lqgpo>
- Vía Campesina. (2018). *¡Soberanía Alimentaria YA! Una Guía por la Soberanía Alimentaria*. European Coordination Vía Campesina. <https://cutt.ly/j8lqk14>
- Vía Campesina. (2020). *Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales*. La Vía Campesina. <https://cutt.ly/R8lqcze>
- Vía Campesina. (2021). Soberanía Alimentaria desde las Semillas Campesinas. <https://cutt.ly/l8lqnPi>
- Walsh, C. (2008). Interculturalidad, plurinacionalidad y decolonialidad: las insurgencias político-epistémicas de refundar el Estado. *Tabula Rasa*, (09), 131-152. <https://cutt.ly/W8lqYXy>
- Zúñiga Ariza, P. A. (2019). Mercados campesinos: Prácticas contrahegemónicas vista desde un pensamiento decolonial. Corporación Universitaria Minuto de Dios programa de Trabajo Social.